

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

FEDERICO NIETZSCHE

Título de la obra en Alemán :
MENSLICH ALLZU MENSLICH

Autor :
FRIEDRICH NIETZSCHE

Traducción de:
JAIME GONZALES

Transcripción de:
YASIM ZEBALLOS

ISBN 968-15-0204-3

Editores Mexicanos Unidos
5a. edición, febrero de 1986

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

CAPITULO PRIMERO

De las primeras y últimas cosas

1. **Química de las ideas y de los sentimientos.**— Los problemas filosóficos revisten hoy las mismas formas que hace dos mil años: ¿cómo puede nacer una cosa de su contraria, por ejemplo, lo razonable de lo irracional, lo sensible de lo muerto, la lógica del ilogismo, la contemplación desinteresada del deseo avaro, el altruismo del egoísmo, la verdad del error? La filosofía metafísica, para vencer esta dificultad, se ha valido hasta hoy de la negación de que una cosa naciera de otra, y aceptando para las de alto valer un origen milagroso: la separación del núcleo y la de la esencia de «la cosa en sí». La filosofía histórica, el más reciente de los sistemas filosóficos, que no puede concebirse separado de la ciencia natural, descubre casos particulares y verosímelmente derivará de ellos esta conclusión primordial: que no existen cosas contrarias, sino la exageración habitual de la concepción popular o metafísica, y que la base de esta pregonada oposición está en un error de raciocinio. Conforme a sus explicaciones, no hay, en sentido estricto, ni conducta altruista, ni contemplación enteramente desinteresada, puesto que ambas son sublimaciones, en que el elemento fundamental parece casi volatizado y no revela su presencia hasta que no se hayan hecho más sutiles observaciones. Todo lo que necesitamos, y que afortunadamente se nos puede ofrecer hoy por primera vez, merced al nivel de las ciencias particulares, es una **química** de las representaciones y de los sentimientos morales, religiosos, estéticos, y de las emociones que sentimos en las relaciones grandes y pequeñas de la civilización y de la sociedad, y tal vez hasta en el destierro. ¿Pero para qué, si esa química tiende a demostrar que en su dominio aun los colores magníficos son producto de materias viles, casi despreciadas? ¿Sentirán satisfacción muchas personas en continuar tales investigaciones? La humanidad procura alejar de su pensamiento todas las cuestiones de origen y de principios: ¿no es necesario estar separado de ella para sentir inclinación opuesta?
2. **Pecado original de los filósofos.**— Todos los filósofos tienen en su activo esta falta común: partir del hombre actual y pensar que en virtud del análisis pueden llegar hasta el fin propuesto. Involuntariamente, se representan al hombre como una **aeterna veritas**, como elemento fijo en todas las variantes, como medida cierta de las cosas. Pero todo lo que el filósofo enuncia respecto del hombre, es un testimonio acerca del hombre mismo en relación a un espacio de tiempo **muy limitado**. La falta de sentido histórico es el pecado original de los filósofos; muchos llegan hasta tomar en su ignorancia, como forma fija de que es necesario partir, la forma más reciente del hombre, tal como se ha producido bajo la influencia de religiones determinadas y aun de tales o cuales sucesos políticos. No quieren comprender que el hombre, que la propia facultad de conocer, es resultado de una evolución, sin que falten algunos que hacen derivar el mundo entero de esta facultad de conocer. **Lo esencial** del desenvolvimiento humano ha pasado en tiempos remotos, muy anteriores a estos cuatro mil años que conocemos; en éstos puede ser que el hombre no haya cambiado mucho Pero el filósofo ve «instintos» en el hombre actual, y admite que estos instintos corresponden a cifras y cálculos inmutables en relación a la humanidad y que pueden darle una clave para la inteligencia del mundo general; la teología está construida sobre este

hecho; hablan del hombre de los cuatro mil años últimos como de un hombre **eterno**, con el cual tienen desde su principio relación directa natural todas las cosas del mundo. Pero todo ha evolucionado; **no existen hechos eternos ni verdades absolutas**. Por eso **la filosofía histórica** es para en adelante una necesidad, si la acompaña la virtud de la modestia.

3. **Estimación de las verdades sin apariencia.**— Muestra de alta civilización es tener más estimación por las verdades sin apariencia encontradas con un método severo, que de los errores benéficos y deslumbradores que se derivan de edades y de hombres metafísicos y artistas. De pronto se tiene contra las primeras la injuria en los labios, como si no pudiera encontrarse igualdad de derechos entre ellas; tan honradas, modestas tranquilas, humildes aun en apariencia son éstas, como hermosas, brillantes, ruidosas, quizá hasta beatíficas aquellas. Pero lo que se ha conquistado tras ardorosa lucha, durable y por lo mismo nutrida de consecuencia para todo conocimiento ulterior, es sin duda lo más valioso; sostenerse en ellos es viril y da muestra de valor, de honradez y de temperancia. Poco a poco, no sólo el individuo, sino la humanidad, se eleva a esta virilidad, cuando se acostumbra a tener más alta estimación por los conocimientos seguros duraderos, y ha perdido la creencia en la inspiración y en la comunicación milagrosa de las verdades. Los adoradores de las formas, con su escala de lo bello y lo sublime, tendrán de pronto razones para ridiculizar, desde que comienza a prevalecer la estimación de las verdades sin apariencia y el espíritu científico; pero es porque su vista no está todavía abierta a la atracción de la forma **más simple**, o porque los hombres educados en este espíritu tardan mucho en compenetrarse con él, íntima y plenamente, mientras que sin pensar en ello van todavía tras las viejas formas (y esto malamente, como lo hace quien no tiene mucho interés por una cosa). Antes, el espíritu no se hallaba confinado en un estricto método de pensar; entonces su actividad consistía en preparar bien los símbolos y las formas. Esto ha modificado ya: toda aplicación seria del simbolismo se tiene ahora como carácter de una civilización inferior. Del mismo modo que hasta nuestras artes se hacen más intelectuales y nuestros sentidos más espirituales, y del mismo modo que, por ejemplo, se juzga hoy de manera diversa, respecto a lo que aparece bien a los sentidos, de lo que se juzgaba hace cien años, así también las formas de nuestra vida se hacen cada vez más **espirituales, más feas** quizá para la vista de las edades anteriores, porque no eran capaces de ver cómo el imperio de la belleza interior espiritual va siendo sin cesar más profundo, más amplio, y en qué medida todos nosotros hoy podemos dar mayor valor a la visión espiritual interior, que a la composición más bella o al edificio más sublime.
4. **Astrología y sus análogos.**— Es perfectamente verosímil que los objetos del sentimiento religioso, moral, estético y lógico no pertenezcan sino a la superficie de las cosas, mientras que el hombre cree de buen grado que por lo menos toca el corazón del mundo, y se hace esta ilusión porque las cosas le brindan tan profundo bienestar y tan profundo infortunio, que le mueven a tener el mismo orgullo que si se ocupara de astrología. Juzga ésta que el cielo estrellado cambia en presencia de la suerte de los hombres; el hombre moral, por su parte, supone que le toca esencialmente al corazón, debe ser también la esencia y el corazón de las cosas.
5. **Desestimación del sueño.**— Durante el sueño, el hombre, en las épocas de civilización y rudimentaria, aprende a conocer un **segundo mundo** real; tal es el origen de toda metafísica. Sin el sueño no habría ocasión de distinguir el mundo. La división en alma y cuerpo está también, ligada a la concepción antigua del sueño, del mismo modo que la creencia en una envoltura aparente del alma es el origen de la creencia en los espíritus y acaso también en la de los dioses. «Lo muerto continúa viviendo, pues se presente en los vivos durante el sueño»; así se razonaba en otro tiempo, razonamiento que duró millares de años.

6. **El espíritu de la ciencia es grande en el detalle, no en el todo.**— Los dominios **menores** separados de la ciencia se tratan de una manera puramente objetiva; las ciencias generales, por el contrario, se proponen, consideradas como un todo, traer a la mente esta cuestión —cuestión en verdad puramente ideal:— ¿para qué? ¿con qué objeto? Como consecuencia de esta preocupación por la utilidad, son las ciencias tratadas en el conjunto menos impersonalmente que en sus partes. Luego, como la filosofía se halla en la cúspide de las ciencias, la cuestión de la utilidad del conocimiento en general se encuentra involuntariamente realzada y toda filosofía tiene inconscientemente necesidad de atribuirle la **utilidad más alta**. Así es como existe en todas las filosofías tanto temor a las soluciones de la física que aparecen insignificantes, aunque el conocimiento de la vida se debe aparecer tan grande como sea posible. De ahí el antagonismo entre los dominios científicos particulares y la filosofía. La última quiere lo que quiere el arte, dar a la vida y a la acción la mayor profundidad posible y la mayor significación; en los primeros se busca el conocimiento y nada más, como algo que de ellos debe emanar. No existe hasta aquí filósofo para quien la filosofía no sea apología del conocimiento; a éste debe darse la mayor utilidad. Están tiranizados por la lógica y la lógica es optimismo.
7. **El perturbador de la fiesta en la ciencia.**— La filosofía se separó de la ciencia cuando propuso esta cuestión: ¿cuál es el conocimiento del mundo y de la vida con el que el hombre vive más dichoso? Hízose esto en las escuelas socráticas; por la consideración de la **dicha**, se ligaron las venas de la investigación científica, y hoy se hace así todavía.
8. **Interpretación neumática de la Naturaleza.**— La metafísica de una interpretación **neumática** de la Naturaleza, semejante a la que la Iglesia y sus sabios dieron de la Biblia en otro tiempo. Se necesita mucha inteligencia para aplicar a la Naturaleza el mismo género de interpretación que los filólogos han establecido para todos los libros, proponiéndose comprender simplemente lo que en el texto quiere decir, y no investigar un **doble** sentido, ni aun suponerlo siquiera. Pero así como en lo que toca a los libros la mala manera de interpretar no está completamente vencida, y hasta en la sociedad más culta se hecha mano de los restos de explicación alegórica y rústica, así también pasa en lo que toca a la Naturaleza, y aun algo peor.
9. **Mundo metafísico.**— Podría existir un mundo metafísico; su posibilidad absoluta apenas puede discutirse. Estudiamos todas las cosas con la cabeza de hombre y no podemos cortar esta cabeza; pero queda pendiente la cuestión de lo que sería el mundo si se hubiera llegado a cortar aquélla. Este es un problema puramente científico, y no muy propio ciertamente para preocupar a los hombres; pero todo lo que les han producido las hipótesis metafísicas, **temibles, agradables**, lo que han creado en ellos, es pasión, error y engaño de sí mismos. Son las peores métodos de conocimiento, los que han enseñado a creer en esas hipótesis. Desde que se revelaron estos sistemas como fundamento de todas las religiones y metafísicas existentes, se les refutó. A pesar de todo, la referida posibilidad subsiste siempre; pero de ella no se puede sacar nada, salvo que se quiera hacer depender la felicidad, la salud y la vida de los hilos de araña de semejante posibilidad. Puesto que no se puede explicar nada del mundo metafísico, sino que es diferente de nosotros, diferencia que nos es inaccesible, incomprensible, sería una cosa de atributos negativos. La existencia de semejante mundo, aun cuando fuese lo mejor probado, nos dejaría establecido que su conocimiento es entre todos los conocimientos el menos importante; es más indiferente para nosotros todavía que para el navegante, en medio de una tempestad, el conocimiento del análisis químico del agua.
10. **Inocuidad de la metafísica en lo porvenir.**— Desde el momento en que la religión, el arte y la moral se describen en su origen de manera que pueden explicarse completamente

sin recurrir a la adopción de **conceptos metafísicos** ni en su principio ni en su curso, cesa el gran interés que despierta el problema puramente teórico de «la cosa en sí» y de la «apariencia». Porque como quiera que sea, con la religión, el arte y la moral no tocamos a la esencia del mundo en sí. Estamos en el dominio de la representación, y ninguna intuición puede hacernos avanzar. Muy tranquilamente abandonará la cuestión de saber cómo nuestra imagen del mundo puede diferir tanto del mundo establecido por el razonamiento en la filosofía y en la historia de la evolución de los organismos y de las ideas.

11. **El idioma como pretendida ciencia.**— La importancia del idioma para el desenvolvimiento de la civilización, estriba en que el hombre ha colocado un mundo propio al lado del otro, posición que juzgaba bastante sólida para levantar desde ella el resto del mundo sobre sus goznes y hacerse dueño de él. Porque el hombre ha creído durante largo espacio de tiempo en las ideas y en los nombres de las cosas, como en **ceterne veritates**, se ha atribuido este orgullo, con el cual se elevaba sobre la bestia; pensaba en realidad tener en el lenguaje el conocimiento del mundo. El creador de palabras no era bastante modesto para creer que no hacía más que dar nombres a las cosas; se figuraba, por el contrario, expresar por medio de las palabras la ciencia más alta de las cosas; en el techo, el lenguaje es el primer grado de esfuerzo hacia la ciencia. **La fe en la verdad encontrada** es la fuente de donde derivan su fuerza los poderosos. Muy tarde, casi en nuestros días, los hombres comienzan a entrever el monstruoso error que han propagado con su creencia en el lenguaje. Por fortuna, es demasiado tarde para que esto determine un retroceso en la evolución de la razón que descansa en esta creencia. La lógica también descansa sobre cuestiones a las que nada responde en el mundo, por ejemplo, la verdad de las cosas, la identidad de la misma cosa en diferentes puntos del tiempo; pero esta ciencia ha nacido de la creencia opuesta (que existían ciertamente cosas de este género en el mundo real). Lo mismo sucede con las matemáticas, que seguramente no habrían nacido si se hubiera sabido desde el primer momento que no hay en la Naturaleza ni línea exactamente recta, ni círculo verdadero, ni grandeza absoluta.
12. **El sueño y la civilización.**— La función del cerebro que más se altera con el sueño es la memoria, no porque se suspenda enteramente, sino porque durante él se halla en un estado de imperfección semejante al que debió tener el hombre en los primeros tiempos de la humanidad, en la vigilia. Caprichosa y confusa como es, confundo perpetuamente las cosas por razón de los puntos de semejanza más insignificantes, pero tan caprichosamente como los pueblos inventaban sus mitologías; aun hoy, los viajeros pueden observar la tendencia de los salvajes a olvidarlo todo; que su espíritu, después de pequeño esfuerzo de memoria, comienza a vacilar, y que, por puro decaimiento, no da de sí sino mentiras y absurdos. En el sueño nos asemejamos todos a los salvajes. El reconocimiento imperfecto y la asimilación errónea son la causa del mal razonamiento de que nos hacemos culpables en el sueño, hasta el extremo de que ante la lúcida representación de un sueño tenemos miedo de nosotros mismos, ocultamos tanta y tanta locura. La perfecta claridad de todas las representaciones en el sueño, que descansa en la creencia absoluta en su realidad, nos recuerda los estados de la humanidad anterior, en los que alucinación era frecuente y se enseñoreaba de tiempo en tiempo de comunidades enteras a la vez y aun de pueblos enteros. Así, en el sueño rehacemos una vez más la tarea de la humanidad anterior.
13. **Lógica del sueño.**— Durante el sueño el sistema nervioso se encuentra continuamente excitado por múltiples causas interiores; casi todos los órganos se separan y se ponen en actividad: la sangre realiza su impetuosa revolución, la posición del que duerme comprime ciertos miembros, las mantas influyen sus sensaciones de diversas maneras, el estómago digiere y agita con sus movimientos otros órganos, los intestinos se tuercen, la situación de la cabeza produce estados musculares no acostumbrados: los pies, sin calzado, no hollando

el suelo con la planta, ocasionan el sentimiento de lo no acostumbrado, del mismo modo que el diferente vestido de todo el cuerpo; todo, según su cambio, su grado cotidiano, conmueve por su carácter extraordinario el sistema, hasta el funcionamiento del cerebro; y así, hay cien motivos de admiración para el espíritu al **buscar** las razones de esa emoción; pero el sueño es el **inquirimiento y representación de las causas** de las impresiones así despertadas, es decir, de las causas supuestas. El que, por ejemplo, se envuelve los pies en dos fajas, puede soñar que dos serpientes se le enroscan: esto es primeramente una hipótesis, luego una creencia, acompañada de la representación e invención de forma. —«Estas serpientes deben ser la **causa** de la impresión que siento durmiendo»; — así juzga el espíritu del durmiente. El pasado próximo, así encontrado por razonamiento, se le pone delante por la excitada imaginación. Todos sabemos por experiencia con qué rapidez introduce el hombre que sueña un sonido fuerte que llega, por ejemplo, el toque de las campanas, los cañonazos, en la trama de su sueño; es decir, saca de ella la explicación al revés, si bien pensando experimentar primero las circunstancias ocasionales y después el mismo sonido. Pero ¿cómo puede ser que el espíritu de los soñadores dé siempre en falso, siendo así que ese mismo espíritu durante la vigilia, tiene el hábito de ser tan reservado, tan prudente, tan escéptico en todo lo que se relaciona con las hipótesis? ¿Cómo puede ser que llegue hasta el punto de que la primera hipótesis que se le aparezca para la explicación de una sensación, le basta para creer **in continenti** en su verdad? (puesto que nosotros durante el sueño creemos en los sueños como si fueran una realidad; es decir, que tenemos nuestra hipótesis como completamente demostrada). Pienso que de la misma forma con que el hombre saca hoy sus conclusiones durante el sueño, así concluía también la humanidad, **aun en la vigilia**, durante no pocos millares de años: la primera causa que se presentaba al espíritu para explicar alguna cosa que tenía necesidad de explicación le bastaba y pasaba como verdad. (Es lo que hacen todavía los salvajes, según los relatos de viajeros.) En el sueño continúa actuando en nosotros aquel tipo muy antiguo de la humanidad, por es el fundamento sobre el cual se ha desarrollado la razón superior y se desarrolla todavía en cada hombre: el sueño nos hace volver a lejanos estados de la civilización humana, y pone en nuestras manos un medio de comprenderlos. Si durante largos períodos de la evolución de la humanidad hemos sido adiestrados en esta forma de agitación fantástica de la primera idea que surge. Así, el sueño es una **recreación** para el cerebro, que durante el día satisface las severas exigencias del pensamiento, tales como han sido establecidas por la civilización superior. Hay un fenómeno hermoso en la inteligencia despierta. que podemos tomar en consideración como pórtico y vestíbulo del sueño. Si cerramos los ojos, el cerebro produce una multitud de impresiones de luz y de color, semejantes realmente a una especie de resonancia y de eco de todos los efectos luminosos que durante el día actúan sobre él. Hay más; la inteligencia, de acuerdo con la imaginación, elabora bien pronto de estos juegos de colores, de suyo informes, figuras determinadas, personajes, paisajes, grupos animados. El fenómeno particular que acompaña este hecho es, además, una especie de conclusión del efecto por la causa; mientras el espíritu inquiere de dónde vienen tales impresiones de luz y de colores, supone como causas esas mismas figuras, esos personajes; desempeñan para él el papel de ocasión de los colores y las luces, porque en el día, y con los ojos abiertos, está habituado a encontrar para cada color, para cada impresión de luz, una causa ocasional. Entonces, la imaginación le suministra constantemente imágenes, tomándolas de prestado a las impresiones visuales del día. Eso es justamente lo que hace la imaginación en el sueño; lo que significa que la pretendida causa es deducida del efecto y presupuesta después del efecto, y todo con extraordinaria rapidez, si bien entonces, como pasa al ver un prestidigitador, puede nacer de confusión de los juicios, y una sucesión interpretarse como algo simultáneo, y viceversa. Podemos deducir de estos fenómenos, **cuan tardíamente** el pensamiento lógico, un poco preciso, la indagación severa de la causa y el efecto, se han desarrollado, si nuestras funciones intelectuales y racionales, aun **ahora**, vuelven a las formas primitivas de razonamientos, y si vivimos quizá la mitad de nuestra vida en ese

estado. También el poeta, el artista, **supone** causas que no son del todo verdaderas; se acuerda en esto de la humanidad anterior y nos ayuda a comprenderla.

14. **Resonancia simpática.**— Todas las disposiciones algo **fuertes** llevan consigo cierta resonancia de impresiones y de disposiciones análogas; excitan igualmente la memoria. Se despierta en nosotros, con motivo de ellas, el recuerdo de alguna cosa y la conciencia de estados semejantes y de su origen. Formándose así rápidas asociaciones habituales de sentimientos y pensamientos, que, en último término, cuando se siguen con la viveza del relámpago no son percibidos como complejas, sino como **unidades**. En este sentido se habla del sentimiento moral, del sentimiento religioso, como si fueran puras unidades, cuando en realidad son corriente de cien manantiales. En esto, pues, como tan frecuentemente pasa, la unidad de la palabra no da ninguna garantía de la unidad de la cosa.
15. **Nada de fuera ni de dentro en el mundo.**— Del mismo modo que Demócrito transportaba los conceptos de arriba y de abajo al espacio infinito, en el que carecen de sentido, así también los filósofos en general transportan el concepto de **dentro y de fuera** a la esencia y a la apariencia del mundo; piensan que por sentimientos profundos puede penetrarse el lo interior, que nos acercamos al corazón de la Naturaleza. Pero estos sentimientos son profundos solamente en tanto que con ellos, de una manera apenas sensible, son regularmente excitados ciertos grupos complejos de pensamiento que nosotros llamamos profundos: un sentimiento es profundo porque tenemos como profundo los sentimientos que lo acompañan. Pero el pensamiento profundo puede, con todo, estar muy lejano de la verdad, como por ejemplo, todo pensamiento metafísico; si quitamos del sentimiento profundo los elementos de pensamiento que se ha entremezclado en él, queda el sentimiento **fuerte**, y éste para el conocimiento no se garantiza más que a sí mismo, de igual suerte que la creencia fuerte no prueba sino la fuerza, no la verdad de lo que se cree.
16. **La apariencia y la cosa en sí.**— Los filósofos han acostumbrado a colocarse delante de la vida y de la experiencia —delante de lo que llaman el mundo de la experiencia— como delante de un cuadro desarrollado que representa inmutablemente, invariablemente, la misma escena; esta escena, piensan ellos, debe ser bien explicada para deducir de ella una conclusión sobre el ser que ha producido el cuadro; de este efecto van a la causa, partiendo de lo incondicionado, que se mira siempre como razón suficiente del mundo de la apariencia. Contra esta idea se debe, tomándola en su concepto metafísico exactamente por el de lo incondicional, y **consecuentemente también de lo incondicionado** (el mundo metafísico) y el mundo conocido de nosotros; si bien que en la apariencia no aparezca, **absolutamente la cosa en sí** y que toda conclusión de una a la otra deba rechazarse. De un lado no se tiene en cuenta este hecho: que el cuadro —lo que para nosotros, hombres, se llama actualmente vida y experiencia— ha llegado poco a poco a ser lo que es, que se halla todavía hoy en el periodo del desarrollo, y que por esta razón no debería ser considerado como una grandeza estable, de la cual pueda tenerse derecho para deducir, o simplemente separar, conclusión alguna sobre su creador (la causa suficiente). Porque nosotros venimos mirando el mundo desde hace miles de años con pretensiones morales, estéticas, religiosas, con una ciega inclinación, pasión o temor, y formado nuestro bagaje de las impertinencias del pensamiento ilógico, es por lo que el mundo **ha llegado a ser** poco a poco tan maravillosamente pintarrajeado, terrible, profundo de sentido, lleno de alma: ha sido coloreado, pero nosotros hemos sido los coloristas; la inteligencia humana, por causa de los apetitos humanos, de las afecciones humanas, ha hecho aparecer esta «apariencia», y transportado a las cosas sus concepciones fundamentalmente erróneas. Tarde, muy tarde se ha puesto a reflexionar: y ahora el mundo de la experiencia y la cosa en sí le parecen tan extraordinariamente diversos y separados, que rechaza la conclusión de aquél a ésta, o reclama de una manera misteriosa, capaz de hacer estremecer, la abdicación de nuestra

inteligencia, de nuestra voluntad personal, para llegar a la esencia por esta vía, para hacerse esencial. A la inversa, otros han reunido todos los rasgos característicos de nuestro mundo de la apariencia, es decir, de la representación del mundo salida de los errores intelectuales, y transmitida a nosotros por herencia, y en vez de acusar a la inteligencia, han hecho responsable a la esencia de las cosas, a título de causa de ese carácter real tan inquietante del mundo, y predicado la manumisión del Ser. Por todos estos conceptos, la marcha constante y penosa de la ciencia, celebrando, por fin, alguna vez su más completo triunfo, en una **historia de la génesis del pensamiento**, llegará a su fin de un modo definitivo, cuyo resultado podría conducir a esta proposición: lo que llamamos actualmente el mundo, es el resultado de multitud de errores y fantasías, que han nacido poco a poco en la evolución del conjunto de los seres organizados, se han entrelazado en esa creencia y nos llegan ahora por herencia como tesoro acumulado en todo el pasado, como un tesoro, sí, pues el **valor** de nuestra humanidad se funda en eso. De este mundo de la representación, la ciencia puede libertarse en realidad solamente en una medida mínima, aunque, por otra parte, no sea ello muy de desear, por el hecho de que no puede destruir radicalmente la fuerza de los antiguos hábitos de sentimiento, pero puede iluminar muy progresivamente, y paso a paso, la historia de la génesis de este mundo como representación, y elevarnos, a lo menos por algunos instantes, por encima de toda serie de los hechos. Acaso reconociéramos entonces que la cosa en sí es digna de una carcajada homérica; que **parecía** ser tanto, quizá todo, y que, sin embargo, es propiamente vacía, en especial de sentido.

17. **Explicaciones metafísicas.**— El joven se apodera de las explicaciones metafísicas porque le muestran en las cosas que encontraba desagradables o despreciables algo que puede tener interés, y si está descontento en sí mismo acaricia este sentimiento cuando reconoce el íntimo enigma del mundo o la miseria del mundo en lo que tanto reprueba en sí. Sentirse irresponsable y encontrar al mismo tiempo mayor interés en las cosas, es para él un doble beneficio que debe a la metafísica. Más tarde, es cierto, desconfiará de todos esos géneros de explicación metafísica, dándose cuenta de que los mismos efectos puede alcanzarlos tan bien y más científicamente por otro camino, de que las explicaciones físicas e históricas nos traen por lo menos sentimientos de alivio personal y que el interés por la vida y sus problemas toma en ellas quizá mayor intensidad.
18. **Cuestiones fundamentales de la metafísica.**— Una vez escrita la historia de la génesis del pensamiento, la siguiente frase de un lógico distinguido se iluminará nuevamente: «La ley general original del sujeto cognoscente consiste en la necesidad interior de reconocer todo objeto en sí, en su esencia propia, como idéntico a él, existente por él mismo, y que permanece en el fondo siempre semejante e inmóvil; en resumen, como una substancia.» Aun esta ley, llamada aquí «original», es también resultado de un cambio; algún día se demostrará cómo nace esta tendencia poco a poco en los organismos inferiores; como los débiles ojos de los topos, de esas organizaciones, no ven de pronto sino lo siempre idéntico; cómo cuando las diversas emociones de placer y de disgustos se hacen más sensibles, poco a poco van distinguiéndose diversas substancias, pero cada una con un solo atributo, es decir, una relación única con tal organismo. El primer grado de la lógica es el juicio, cuya esencia consiste, según la afirmación de muchos lógicos, en la creencia. Toda creencia tiene por fundamento **la sensación de lo agradable o de lo desagradable**, con relación al sujeto que siente. Una tercera sensación nueva, resultado de dos sensaciones aisladas precedentes, es el juicio en su forma más inferior. A nosotros, seres organizados, no nos interesa el origen de cada cosa sino en su relación con lo que atañe al placer y al sufrimiento. Entre los momentos en que tenemos conciencia de esta relación, entre los estados de sensación, hay momentos de reposo, de no sensación; entonces el mundo y todo lo que existe carece de interés para nosotros, no vemos en ellos modificación alguna (nos encontramos a la manera de un hombre que en el momento en que se halla vivamente interesado por algo no nota que

alguien pasa cerca de él). Para las plantas, todas las cosas son de ordinario inmóviles, eternas, cada cosa idéntica a ella misma. De su período de organismo inferior el hombre ha heredado la creencia de que hay cosas idénticas (sólo la experiencia, formada por la más alta ciencia, contradice esta proposición). La creencia primitiva de todo ser organizado en sus principios, es tal vez la de que todo el resto del mundo es uno e inmóvil. Lo que hay más alejado relativamente de este grado primitivo de lógica, es la idea de **causalidad**; cuando el individuo que siente se observa a si mismo, toma cualquier sensación, cualquier modificación, por algo aislado, es decir, incondicional, independiente: surge de nosotros sin vínculo alguno con la anterior o la ulterior. Tenemos hambre, pero no pensamos en su origen, en que el organismo necesita ser mantenido; la sensación parece que se deja sentir sin razón ni fin, se aísla y se la tiene como arbitraria. Del mismo modo, la creencia en la libertad del querer es un error original de todo ser organizado, que se remonta hasta el momento en que las emociones lógicas existen en él; la creencia en las substancias incondicionales y en las cosas semejantes es también otro error tan antiguo como el de todo ser organizado. Por consiguiente, una vez expuesto que la metafísica se ha ocupado principalmente de las substancias y de la libertad del querer, bien puede tenérsela por la ciencia que trata de los errores fundamentales del hombre, pero como si fuesen verdades fundamentales.

19. El número.— El descubrimiento de las leyes del número se ha fundamentado sobre la base del error, ya reinante desde su origen, de que habría muchas cosas idénticas (pero en el hecho no hay nada idéntico), o por lo menos de que existirían cosas (pero no hay «cosas»). La sola noción de pluralidad supone que ya existe **algo** que se presenta muy repetidas veces; en ello cabalmente está el error, pues entonces imaginamos seres, unidades, que no tienen existencia. Nuestras sensaciones del tiempo y del espacio son falsas, pues nos conducen, si se las examina, a contradicciones lógicas. En todas las afirmaciones científicas hay inevitablemente algunas falsas grandezas; pero como estas grandezas son de lo menos **constantes** (por ejemplo, nuestra sensación del tiempo y del espacio), los resultados de la ciencia no adquieren tampoco exactitud y seguridad completas en sus relaciones mutuas; puede continuarse con ellas hasta el momento en que las suposiciones fundamentales equivocadas, esas faltas constantes, entren en contradicción con los resultados, por ejemplo, en la teoría atómica. Entonces nos hallamos obligados a admitir una **cosa** o un «substrato» material en movimiento, mientras que el procedimiento científico ha perseguido justamente la tarea de resolver todo lo que tiene el aspecto de una cosa (materia) en movimiento; nosotros separamos una vez más con nuestra sensación el motor de lo movido y no salimos de este círculo, porque la creencia en las cosas se encuentra infundida en nuestro ser desde la antigüedad. Lo de Kant: «La razón no tiene la fuente de sus leyes en la Naturaleza, sino que se las prescribe», es una gran verdad en relación al **concepto de la Naturaleza**, que nos hallamos obligados a ligar a ella. (Naturaleza, mundo, en tanto es representación, es decir, en tanto que es error), pero que es la totalización de multitud de errores de la inteligencia. En un mundo que **no es** nuestra representación, las leyes de los números son completamente inaplicables: sólo tienen valor en el mundo del hombre.

20. Hacia atrás.— Alcanza el hombre un grado muy elevado de cultura cuando llega a sobreponerse a las ideas y las inquietudes religiosas; cuando, por ejemplo, deja de creer en el ángel de la guarda o en el pecado original y se ha olvidado de la salvación de las almas : una vez llega este grado de liberación, tiene todavía que triunfar, a costa de los más heroicos esfuerzos de su inteligencia, de la metafísica. **Entonces es necesario un movimiento de retroceso**; es necesario que tome tales representaciones su justificación histórica y psicológica; le es necesario reconocer como lo mejor de la humanidad ha venido de allí, y como, sin movimiento de retroceso, nos despojaríamos de los productos más elevados de la humanidad. En lo que atañe a la metafísica filosófica, veo ahora mayor

número de hombres inclinados al fin negativo (que toda metafísica positiva es un error), pero a muy pocos que retrocedan; parece como que se vieran por encima de los últimos grados de la escala. Los videntes ven lo bastante lejos para independizarse de la metafísica.

21. **Victoria conjetural del escepticismo.**— Admitamos por un momento el punto de vista escéptico: supuesto que no existe otro mundo metafísico, y que todas las explicaciones suministradas por la metafísica del único mundo conocido por nosotros nos sean inútiles, ¿cómo ver los hombres y las cosas? Esta es una de las cosas que podrían ser útiles, aun en el caso de que la cuestión de saber si probaron algún cálculo metafísico Kant y Schopenhauer, fuese alguna vez descartada. Pues es muy posible, según la verosimilitud histórica, que los hombres lleguen a ser **escépticos** en este sentido. Otra cuestión: ¿cómo se arreglará la sociedad humana bajo la influencia de tales convicciones? Quizá la **prueba científica** de algún mundo metafísico, cualquiera que lo sea, es ya tan difícil, que la humanidad no llegará jamás a mayor desconfianza. Y si se desconfía de la metafísica se sacan las mismas consecuencias que si fuese directamente refutada y no se tuviese **el derecho** de creer ya en ella. La cuestión histórica, tocando una convicción no metafísica de la humanidad, permanece idéntica en ambos casos.

22. **Incredulidad en «el monumentum aere perenius».**— Una desventaja que trae consigo la desaparición de las miras metafísicas, consiste en que el individuo restringe demasiado su mirada a su corta existencia y no siente ya fuertes impulsos por trabajar en instituciones duraderas; quiere coger él mismo los frutos del árbol que exigen cultivo especial durante siglos y que están destinados a cubrir con su sombra a muchas generaciones. Pues las miras metafísicas dan la creencia de que en ellas se encuentra el último fundamento valedero y legítimo sobre el cual tiene que establecerse y edificarse necesariamente en adelante el porvenir de la humanidad; el individuo da un gran paso adelante en la senda de su salvación, cuando, por ejemplo, funda una iglesia o un monasterio; esto lo será —piensa él— contado y puesto en su haber en la eterna vida de las almas; es trabajar por la salvación eterna de las almas. ¿Puede la ciencia despertar semejante creencia en sus resultados? La ciencia emplea como a sus más fieles asociados la duda y la desconfianza; con el tiempo, sin embargo, la suma de verdades intangibles, es decir, que sobrevivan a todas las tempestades del escepticismo, a todos los análisis, puede hacerse bastante grande (por ejemplo, en la higiene de la salud), para que alguien se determine a fundar obras «eternas». Entretanto **el contraste** de nuestra existencia efímera, agitada por el reposo de largo aliento de las edades metafísicas, trabaja todavía con demasiado vigor, porque las dos épocas están aún muy cercanas; el hombre aislado tiene que examinar demasiadas evoluciones interiores y exteriores para que se atreva a establecer nada que no sea para su propia existencia de manera durable y de una vez por todas. Un hombre completamente moderno, que quiere, por ejemplo, construirse una casa, siente del mismo modo que sentiría si quisiera, estando vivo, meterse en un mausoleo.

23. **Edad de la comparación.**— Cuanto menos encadenado están los hombres por la herencia, mayor se hace el movimiento interior de sus motivos, mayor a su vez, por correspondencia, la agitación exterior, la penetración recíproca de los hombres, la **polifonía** de los esfuerzos. ¿Para quién existe actualmente todavía la obligación estricta de vincularse, él y su descendencia, a una localidad? ¿Para quién existe, de una manera general, ningún vínculo estrecho? Pues del mismo modo que todos los estilos del arte son imitados los unos de los otros, así también lo son todos los grados y los géneros de moralidad, de costumbres, de civilizaciones. Esta época toma su significación de que en ella las diversas concepciones del mundo, costumbres, civilizaciones, pueden ser compradas y vivir las unas al lado de las otras, cosa que en otro tiempo no era posible fuera de la dominación siempre localizada de cada civilización, por causa de la vinculación de todos los géneros de estilo artístico al lugar

y al tiempo. Hoy, un aumento del sentimiento estético decidirá definitivamente entre las múltiples formas que se ofrecen a la comparación: ésta dejará perecer a la mayor parte, a todas las que sean rechazadas por ese sentimiento. Del mismo modo hay también hoy lugar para hacer una elección en las formas y costumbres de la moralidad superior, cuyo fin no puede ser otro que el anonadamiento de las moralidades inferiores. ¡La edad de la comparación! Este es su orgullo, pero también su desgracia. No nos aterremos por esta desgracia. Formémonos, por el contrario, del deber que nos impone esta edad, una idea elevada: así nos bendecirá la posteridad, una posteridad que se conocerá tan superior a las civilizaciones originales de los pueblos encerrados dentro de sí mismos, como a la civilización de la compensación, pero que mirará con reconocimiento a esas dos clases de civilización como a respetables antigüedades.

24. Posibilidad del progreso.— Un sabio de la cultura lleva razón al no frecuentar el trato de hombres que creen en el progreso. Puesto que la cultura antigua tiene detrás de sí su grandeza y su bien, y la educación histórica obliga al individuo a confesar que no recobrará jamás su lozanía, es necesaria una obcecación de espíritu intolerable, un insoportable prejuicio para negarlo. Pero los hombres pueden decidir con plena conciencia de su desarrollo para en adelante por una cultura nueva, mientras que antes era inconscientemente y al azar como se desarrollaban: hoy pueden condicionar mejor la producción de hombres, su alimentación, su educación, su instrucción, organizar económicamente el conjunto y la destrucción de la tierra, pesar y ordenar las fuerzas de los hombres en general, los unos en relación a los otros. Esta nueva cultura consciente mata a la antigua, que, considerada en conjunto, trajo una vista inconsciente de bestia y de vegetal; mata también la desconfianza en el progreso, **es posible**. Quiero decir: es un juicio precipitado y falto casi de sentido el creer que el progreso debe **necesariamente** salir adelante; pero ¿cómo se podría negar que sea posible? Por el contrario, un progreso en el sentido y por la senda de la cultura antigua, no es siquiera concebible. La fantasía romántica emplea la palabra «progreso», hablando de sus fines (por ejemplo, de las civilizaciones de los pueblos originales y determinados): en todo caso, viviendo del pasado; pensamiento y concepción en este dominio no tienen ninguna originalidad.

25. Moral privada y moral universal.— Desde que no se cree en que Dios dirige los destinos del mundo, y a despecho de todas las desviaciones en el camino de la humanidad, los conduce como un señor hasta su término; los hombres se proponen fines económicos que abarcan toda la tierra. Al menos deben proponérselo. La vieja moral, la de Kant, reclama de cada individuo acciones que desearía en todos los hombres. Tiene esto algo de bella ingenuidad, como si cada uno supiera que género de acción asegura el bienestar del conjunto de la humanidad, y, por consiguiente, cuáles fueran las acciones que, de un modo general, merecieran ser deseadas; es una teoría análoga a la del libre cambio, al establecer en principio que la armonía general debe producirse por sí misma conforme a las leyes innatas del mejoramiento. Quizá una mirada sobre el porvenir no haga aparecer como digno de desearse que todos los hombres realicen actos semejantes; quizá se debería más bien, en interés de los fines ecuménicos para toda la extensión de la humanidad, proponer deberes especiales. En cualquier caso, si la humanidad no quiere marchar a su ruina, es necesario, en primer término, que se encuentre un **conocimiento de las condiciones de la civilización**, superior a todos los alcanzados hasta hoy. En esto consiste el deber de los grandes espíritus del siglo próximo.

26. La reacción como progreso.— Algunas veces aparecen espíritus revoltosos, violentos y atrayentes; pero a pesar de todo, retrógrados que evocan una vez más la humanidad vieja, sirven para probar que las tendencias nuevas, contra las que van, no son aún suficientemente fuertes; de otro modo, se habrían impuesto en el cerebro de tales evocadores. Así, la reforma

de Lutero atestigua, por ejemplo, que en su siglo todos los sentimientos nacientes de libertad del espíritu eran poco seguros, demasiado tiernos, juveniles; la ciencia no podía todavía alzar la cabeza; el aspecto general del Renacimiento se presentaba como la primavera, que iba a morir y a dejar paso a otra primavera más floreciente. También en el siglo presente la metafísica de Schopenhauer ha comprobado que aun hoy el espíritu científico no es lo suficientemente fuerte: así es como el concepto del mundo y la idea de la humanidad de la Edad Media y cristiana ha podido resucitar en la teoría de Schopenhauer, a pesar del anonadamiento a que por largo tiempo quedaron reducidos todos los dogmas cristianos. Se pregona en su teoría, pero lo que en ella predomina es la ciencia vieja **necesidad metafísica**, harta conocida. Seguramente una de las mayores ventajas que sacamos de Schopenhauer es que obligue a nuestro sentimiento al retroceso hacia los géneros de concepción del mundo y del hombre. Lo que para la justicia y para la historia es provechosísimo nadie llegaría hoy fácilmente, sin el auxilio de Schopenhauer, a hacer justicia al cristianismo y a sus hermanos asiáticos, cosa, como otras, imposible dentro del propio terreno del cristianismo. Sólo después de haber corregido la concepción histórica sobre punto tan esencial, nos ha hecho posibles tres nombres: Petrarca, Erasmo, Voltaire. Hemos hecho un progreso de la reacción.

27. **Sucedáneo de la religión.**— Se cree honrar a la filosofía, presentándola como un sucedáneo de la religión para el pueblo. En el hecho, tiene una de un orden de pensamiento intermediario; así, el paso de la religión a la concepción científica es un salto violento, peligroso, que no debe aconsejarse. En este sentido hay razón para tal elogio. Pero a este fin, debería saberse que las necesidades que la religión satisface y que la filosofía debe satisfacer, no son inmutables, y que aun por ella misma **puede debilitárselas** y hasta **echarlas fuera**. Por ejemplo, en la miseria del alma cristiana, en los gemidos por la corrupción interior, en la inquietud por la salvación, cuestiones todas que no se derivan sino de errores de la razón. Una filosofía puede servir para **satisfacer** estas necesidades, o para **descartarlas**, pues son limitadas en el tiempo y descansan sobre hipótesis opuestas a la de la ciencia. Para una transición, debe utilizarse más bien **el arte**, como medio de proporcionar alivio a la ciencia, sobrecargada de sensaciones, pues por él serán estas concepciones mucho menos sostenidas por la filosofía metafísica. Del arte se puede pasar fácilmente a una ciencia filosófica verdaderamente libertadora.

28. **Palabras prohibidas.**— ¡Abajo las palabras empleadas por el optimismo y por el pesimismo! Cada día escasean más los motivos para emplearlas: sólo a los charlatanes son necesarias. ¿Con qué motivo se puede hoy ser optimista, si ya no hay que hacer la apología de un Dios que ha creado el mejor de los mundos, siendo él en sí la esencia de lo bueno y de lo perfecto? ¿Qué ser que piense tiene ya necesidad de la hipótesis de Dios? Por consiguiente, tampoco existe el menor motivo para una profesión de fe pesimista, si es que no se pretende vejar a los abogados de Dios, a los teólogos o a los filósofos teológicos y en exponer fuertemente la afirmación contraria: que el mal gobierna, que el dolor es mayor que el placer, que el mundo es un absurdo, la aparición de la vida de una voluntad malvada. ¿Pero quién se preocupa ya de los teólogos, a no ser los teólogos mismos? Abstrayendo de toda teología y de la guerra que se le hace, se desprende que el mundo no es bueno ni es malo, ni el mejor ni el peor, y que estas ideas de lo bueno y de lo malo, no tienen sentido sino con relación a los hombres, y aun así no resultan justificadas: debemos renunciar a la concepción del mundo injuriosa o panegirista.

29. **Embriaguez por el perfume de las flores.**— Créese comúnmente que la nave de la humanidad tiene mayor porte a medida que se la carga más; se supone que cuanto más profundo es el pensamiento del hombre, más tierno es su sentimiento, más alta estima tiene de sí, mayor es su alejamiento de los demás animales. Cuanto más genio parece entre las bestias, más se acerca a la esencia real del mundo y a su conocimiento; es bueno en realidad

lo que hace por la ciencia, pero cree hacerlo mejor todavía por las religiones y por las artes. Son, en verdad, una florescencia del mundo, que **no están en modo alguno más próximas a la raíz del mundo** que el tallo; no se puede sacar de ellos ningún conocimiento mejor entre la ciencia de las cosas, aunque así se crea. El **error** ha hecho al hombre bastante profundo, para hacer proceder de él las religiones y las artes. El conocimiento se hubiera descentrado para poderlo realizar. Quien nos descorriera el velo que oculta la esencia del mundo, nos causaría una desilusión. No es el mundo como cosa en sí, sino el mundo como representación (como error), el rico de sentido, el profundo, el maravilloso, el que lleva en su seno dicha y desgracia. Este resultado conduce a una filosofía **de negación lógica del mundo**, que, por lo demás, puede unirse lo mismo a una afirmación práctica del mundo que a su contraria.

30. **Malos hábitos del razonamiento.**— Las conclusiones erróneas más habituales en el hombre son estas: una cosa existe, tiene su legitimidad. En este caso se infiere de la capacidad de vivir a la adaptación a un fin, de la adaptación a un fin a su legitimidad. Una opinión es benéfica, luego es verdadera; su efecto es bueno, luego la opinión misma es buena y verdadera. En este caso se aplica al efecto el predicado: benéfico, bueno, en el sentido de útil, y entonces se dota a la causa del mismo predicado: buena, pero en el sentido de valedero lógicamente. La recíproca de estas proposiciones es: una cosa no puede imponerse ni sostenerse, luego es injusta; una opinión atormentada, luego es falsa. El espíritu libre que no aprende a conocer, sino por frecuentes aplicaciones, lo que tiene de viciosa esta manera de razonar y tiene que soportar sus consecuencias, cede a menudo a la tentación seductora de hacer las deducciones contrarias, que de un modo general son igualmente erróneas; una opinión no puede imponerse, luego es buena; causa inquietud, angustia, luego es verdadera.
31. **Lo ilógico necesario.**— Entre las cosas que pueden llevar a un pensador a la desesperación, debemos enumerar el hecho de reconocer que lo lógico es necesario a los hombres, y que de lo ilógico nacen muchos bienes. Está esto tan sólidamente anclado en las pasiones, en el idioma, en el arte, en la religión, y generalizando, en todo lo que da valor a la vida, que no se puede desprender de ellas sin causarles incurable prejuicio. Sólo los hombres, demasiado sencillos, pueden creer que su naturaleza pueda trocarse en puramente lógica; pero si debería haber en ello grados de aproximación hacia el fin, ¡cuántas pérdidas no se producirían en el camino! Aun el hombre más razonable tiene necesidad de volver a la Naturaleza, es decir, **a su relación fundamental ilógica con todas las cosas.**
32. **Injusticia necesaria.**— Todos los juicios sobre el valor de la vida se desarrollan ilógicamente y, por consiguiente, son injustos. La inexactitud en el juicio proviene primeramente de la manera con que las materias se presentan, es decir muy incompletamente; en segundo lugar, de la manera de sumarlas, y en tercer lugar, de que de cada una de estas piezas se hace, a su vez, el resultado de un conocimiento inexacto. Ninguna experiencia que se relacione directamente con un hombre, por ejemplo, aun cuando se encuentre próximo a nosotros, puede ser completa en forma tal que tuviéramos derecho para hacer apreciación directa en conjunto; todas las apreciaciones son prematuras y tienen que serlo. Por último, nuestro ser no es tampoco invariable: tenemos tendencias y fluctuaciones, y sin embargo, deberíamos ser una unidad fija, para apreciar las relaciones de una cosa cualquiera respecto a nosotros, de modo justo. Quizá se siga de todo esto que no se debería juzgar absolutamente; ¡si pudiéramos vivir sin hacer apreciaciones, sin tener afectos ni desafectos!... pero toda aversión está ligada a una apreciación, como puede estarlo una inclinación afectuosa. Una impulsión a aproximarnos o separarnos de algo, sin un sentimiento de querer lo ventajoso, de evitar lo dañino, una impulsión sin apreciación por el conocimiento que influye en el valor del fin, no existe entre los hombres. Somos, por

nuestro destino, seres ilógicos, y por lo mismo injustos, y, **sin embargo, no podemos reconocerlo**. Tal es una de las mayores y más irresolubles inarmonías del universo.

33. **El error sobre la vida necesaria en la vida.**— Toda creencia sobre el valor y la dignidad de la vida descansa en un pensamiento y falso: creencia que es posible solamente porque la simpatía por la vida y por los sufrimientos de la humanidad, se ha desenvuelto muy débilmente en el individuo. Aun los pocos hombres de pensamientos elevados, no abarcan con su mirada toda esta vida en su conjunto, sino que observan sólo partes limitadas. Si se es capaz de hacer observaciones sobre casos excepcionales, quiero decir, sobre grandes talentos y almas puras; si se es capaz de tomar las producciones como fin de toda la evolución del universo, y se encuentra en la acción de ellas sentimientos de placer, puede creerse en el valor de la vida, porque para nada se tiene en consideración a los demás hombres; pero también entonces se piensa inexactamente. Del mismo modo si se abarca con la mirada verdaderamente a todos los hombres, pero no se da importancia de entre ellos sino a los que tienen cierta especie de instintos, a los menos egoístas y a quienes se les justifica en relación a los demás instintos, entonces puede esperarse algo de la humanidad en su conjunto y creerse en el valor de la vida; pero también en este caso tal creencia proviene de la inexactitud del pensamiento. Con todo, ya proceda de una manera o de otra, quien así observe será una **excepción** entre los hombres. Es evidente que al gran mayoría de los hombres soportan la vida sin quejarse, y **creen** por lo mismo en el valor de la existencia; lo que proviene justamente de que cada cual no quiere ni afirma sino de sí mismo y sólo sale de él en casos excepcionales; todo lo que no les es personal pasa para ellos como inadvertido o advertido cuando más como débil sombra. La gran falta de imaginación de que padecen, hace que no puedan penetrar por el sentimiento en otros seres, y por lo tanto, tomar tan pequeña parte como le es posible en su suerte y sus sufrimientos. Aquel que **podiera** tomar parte en ellos, desesperaría de la vida; si llegase a comprender y a sentir en sí mismo la conciencia total de la humanidad, prorrumpiría en maldiciones contra la existencia, pues la humanidad no tiene en su conjunto **ningún** fin, y por consiguiente, el hombre, examinando su marcha total, no puede encontrar en ello consuelo ni reposo, sino, por el contrario, desesperación. Si toma en cuenta para todo lo que hace la ausencia final de un fin respecto a los demás hombres, su propia acción tomara ante sus ojos el carácter de la prodigalidad. Pero sentirse en el sentido de la humanidad (no solamente del individuo) **prodigado** tanto como las flores aisladas que la Naturaleza prodiga, es un sentimiento superior a todos los sentimientos. ¿Quién es capaz de ello, sin embargo? Tan sólo un poeta, y los poetas saben consolarse
siempre.

34. **Para tranquilidad.**— Nuestra filosofía, ¿no llega a ser una tragedia? La verdad, ¿no es hostil a la vida? Una cuestión asalta nuestros labios aunque no quiere ser enunciada: la de si se **puede** conscientemente permanecer en la contraverdad, o si en el caso de que **fuere necesario** hacerlo, ¿no sería preferible la muerte? Ya no existen deberes; la moral, como deber, está tan anonadada como la religión. El conocimiento no puede dejar subsistentes, como motivos, más que placer y pena, utilidad y daño; pero ¿cómo se arreglarán esos motivos con el sentido de la verdad? También tocan en el error (porque la simpatía y la aversión y todos sus injustísimos medios son los que determinan esencialmente el placer y la pena). La vida humana está profundamente sumergida en la **contraverdad**; el individuo no puede sacarla de ese pozo sin horrorizarse de su pasado, sin encontrar sus motivos presentes, desprovistos de toda razón de ser, sin oponer a las pasiones que conducen al porvenir y a la dicha en el porvenir, la burla y el desprecio. ¿es verdad que no queda más que una manera de ver que lleva consigo la desesperación, la disolución, el anonadamiento del yo? Creo que el golpe decisivo a la acción final del conocimiento lo dará el **temperamento** del hombre; yo podría, igualmente que el efecto descrito y posible en naturalezas aisladas, imaginarme otro en virtud del cual brotaría una vida mucho más sencilla, más limpia de pasiones que la

actual, si bien es verdad que los antiguos motivos de deseo violento tendrían todavía fuerza, por causa de una costumbre hereditaria, también lo que es poco, bajo la influencia del conocimiento purificado, irían haciéndose más débiles. Viviríase, en fin, entre los hombres como en la **Naturaleza**, sin alabanzas, reproches o entusiasmos, recreándose como en un espectáculo con muchas cosas que hasta entonces se temían. Nos libertaríamos del énfasis y no sentiríamos más el aguijón de este pensamiento: que no somos solamente naturaleza o que somos más que naturaleza. A la verdad, sería necesario para ello un buen temperamento, un alma grave, dulce y en el fondo alegre, una disposición que no tuviera necesidad de estar siempre en guardia contra sacudidas y estallidos repentinos, y que en sus manifestaciones no adoptase tono gruñón ni semblante hosco, caracteres odiosos, como los perros viejos y los hombres que han estado mucho tiempo encadenados. Por el contrario, un hombre libertado de los lazos de la vida hasta el punto de no continuar viviendo sino para hacerse cada día mejor, debe renunciar sin despecho a ver muchas cosas y **hallarse** satisfecho, de poder elevarse libremente por encima de los hombres, de las costumbres, de las leyes y de las apreciaciones tradicionales de las cosas. Anhela comunicar el contento que le brinda tal situación, y puede no tener nada distinto que comunicar, en lo que hay una privación, una abdicación.

CAPITULO II

Para servir a la historia de los sentimientos morales

35. **Ventajas de la observación psicológica.**— Que la reflexión sobre lo humano, demasiado humano, o usando la expresión técnica, la observación psicológica, forma parte de los medios que permiten hacer más llevadera la carga de la vida; que el ejercicio de este arte procuraba presencia de espíritu en situaciones difíciles y distracción en medio de un círculo fastidioso; que se puede, aun de lo más espinoso y desagradable de la propia vida, sacar máximas y ponerse por ellas un poco mejor: es lo que se creía y se sabía en los siglos precedentes. ¿Por qué se ha olvidado en este siglo en el que, a lo menos en Alemania y aun en Europa, la pobreza de observación psicológica se delataría por bastantes señales con sólo que hubiese gentes de mirada capaz de ver en lo que puede mostrarse? Esto no se encuentra en el romance, la novela y los estudios filosóficos —que son la obra de hombres excepcionales:— está en los juicios formados sobre los sucesos y las personalidades públicas: pero donde falta más que nada el arte del análisis y del cálculo psicológico es en la sociedad en que se habla mucho de los hombres y nada **del hombre**. ¿Por qué se deja escapar la más rica y más inocente materia de entretenimiento? ¿Por qué no se lee ya a los grandes maestros, de la máxima psicología? Porque dicho sea sin exageración, hombre culto que haya leído a La Rochefoucauld y sus antecesores en el espíritu y el arte, es raro encontrarlo en Europa, y mucho más raro todavía quien conozca y no los desdeñe. Es probable que ese lector excepcional encuentre menos placer que el que debería producirle la forma de esos artistas, pues aun el cerebro más sutil no es capaz de apreciar suficientemente el arte de sutilizar una máxima, si no ha sido educado para ello y si no lo ha ensayado. Se cree que esta agudeza es más fácil de lo que en realidad es, y no se notan tampoco sus alcances y atractivos. Por eso los actuales lectores de máximas encuentran en ellas un goce relativamente insignificante. Pasa con ellos lo que de ordinario con los examinadores de camafeos: son gentes que alaban porque no son capaces de amar, prontas para la admiración, pero más prontas para la huída.
36. **Objeción.**— ¿Sería necesario suponer que la observación psicológica forma parte de los medios de atracción, de salud y alivio de la existencia? ¿Sería necesario decir que se está bastante convencido de las consecuencias enfadosas de este arte, para separar intencionalmente la vista de los educadores? En efecto; cierta fe ciega en la bondad de la Naturaleza humana, cierta repugnancia hacia la descomposición de las acciones humanas, cierta especie de pudor con relación a la desnudez de las almas, podían ser realmente cosas más dignas de desearse para la felicidad total de un hombre, que aquella cualidad, ventajosa en casos particulares, de la penetración psicológica, y quizá la creencia en el bien, en los hombres y en los actos virtuosos, en una plenitud de bienestar impersonal en el mundo, haya hecho mejores a los hombres, en el sentido de que los hacía menos desconfiados. Si se imita con entusiasmo a los héroes de Plutarco, repugna inquirir dudando los motivos de sus acciones. El error psicológico y generalmente la grosería en estas materias ayuda a la humanidad a ir adelante, al paso que el conocimiento de la verdad gana siempre más y más por la excitante fuerza de una hipótesis que La Rochefoucauld, en la primera edición de sus Sentencias y máximas morales, exponía así: **Lo que el mundo llama virtud no es ordinariamente sino un fantasma formado por nuestras pasiones, al que se da un**

nombre honrado para hacer impunemente lo que uno quiere. La Rochefoucauld y otros franceses maestros por el examen de las almas (a los cuales se ha unido recientemente un alemán, el autor de las **Observaciones psicológicas**)¹, se asemejan a diestros tiradores, que tocan siempre el centro, pero el centro de la Naturaleza humana. Su arte causa admiración, pero al fin el espectador que no está guiado por el espíritu científico maldice aquel que parece inculcar en las almas el deseo del rebajamiento del hombre.

37. **Sobre lo mismo.**— Haya lo que hubiera de aumento o disminución acerca de esto, en el estado presente de la filosofía, el despertar de la observación psicológica es necesario. El aspecto cruel de la mesa de disección psicológica, de sus escalpelos y de sus pinzas, no puede evitarse a la humanidad. Allí está el dominio de esta ciencia que se pregunta el origen y la historia de los sentimientos llamados morales, y que en su marcha debe proponer y resolver los problemas complicados de la sociología. La antigua filosofía no conocía estos últimos y siempre trató de evitar la investigación del origen y de la historia de las estimaciones humanas, bajo la sombra de pobres refugios; por eso puede hoy verse con bastante claridad que los errores de los más grandes filósofos son de ordinario su punto de partida para una explicación falsa de ciertas acciones y ciertos sentimientos humanos; del mismo modo que se funda sobre al base de un análisis erróneo, por ejemplo, el de las acciones llamadas altruistas, una ética falsa, y después, por amor a ella, se apela a la ayuda de la religión y la nada mitológica, y, en fin, las sombras de esos confusos fantasmas se introducen en la física y en la consideración del mundo. Pero si está confirmado que la falta de profundidad en la observación psicológica ha tenido y continúa tendiendo peligrosos lazos para los juicios y razonamientos humanos, lo que hoy se necesita es la austera perseverancia en el trabajo que no se cansa jamás de colocar piedra sobre piedra, guijarro sobre guijarro; es el valor que permite no sonrojarse por una labor tan modesta y desafiar todos los desdenes que pueda ocasionar. Por último, he aquí otra verdad: gran número de observaciones sobre lo humano, demasiado humano, han sido desde luego descubiertas y expuestas en esferas de la sociedad acostumbradas a hacer por ello toda clase de sacrificios, no por la indagación científica, sino por espiritual deseo de satisfacción; y el perfume de esa antigua patria de la máxima moral, perfume muy seductor, ciertamente, se ha unido casi indisolublemente al género todo, aunque en su provecho y por cuenta propia el hombre de ciencia deja involuntariamente ver alguna desconfianza contra el género y su valor serio. Basta apuntar las consecuencias, puesto que desde ahora se comienza a ver qué resultados de la más seria naturaleza nacen sobre el suelo de la observación psicológica. ¿Qué es esto, sin embargo, sino el principio al que ha llegado uno de los pensadores más osados y más fríos, el autor del libro **Sobre el origen de los sentimientos morales**¹, gracias a su análisis incisivo y decisivo de la conducta humana? «El hombre moral —dice— no está más cercano del mundo inteligible metafísico, que el hombre físico.» Esta proposición, nacida con su dureza y su filo, bajo los golpes de martillo de la ciencia histórica, podrá llegar a ser, en un porvenir cualquiera, el hacha con que se atacará la raíz de la «necesidad metafísica» del hombre. Si esto será para bien del hombre o atraerá sus maldiciones, ¿quién podrá decirlo? Pero, en todo caso, subsiste una proposición de la más grave consecuencia, fecunda y terrible a la vez, que mira al mundo con esa doble vista que tienen todas las grandes ciencias.

38. **¿Útil, en que proporción?**— Si la observación psicológica produce a los hombres mayor provecho o mayor daño, es cuestión que debe quedar sin respuesta; pero está confirmado que es necesaria, porque al ciencia no puede prescindir de ella. La ciencia no conoce las consideraciones de los fines últimos, como tampoco las conoce la Naturaleza; pero así como ésta realizó por accidente cosas de la más alta oportunidad sin haberlas querido, así la verdadera ciencia, **siendo como es la imitación de la Naturaleza en la idea**, habrá que progresar accidentalmente, de diversas maneras, la utilidad y bienestar de los

hombres, y encontrará los medios oportunos para ello, pero igualmente **sin haberlo querido**.

Por lo mismo que por el soplo de tal especie de consideración se siente helado el corazón, es posible que en ella haya demasiado poco calor: no tiene, sin embargo, más que mirar a su alrededor, y notará hombres de tal manera forjados en el ardor y el fuego, que apenas encuentran un lugar en que el aire sea para ellos bastante frío y penetrante. Por otra parte, así como los individuos y los pueblos demasiado serios tienen necesidad de frivolidades, otros, demasiado ligeros y excitables, tienen a veces necesidad para su salud de cargas pesadas que los depriman; ¿no es necesario que nosotros los hombre **más inteligentes** de esta época, que visiblemente entra cada vez más en combustión, tratemos de apoderarnos de todos los medios de extinción y refrigerio que existen, a fin de conservar a lo menos el asiento, la paz, la medida que tenemos todavía, y llegar a ser útiles en esta época, dándole un espejo, una conciencia cierta de ella misma?.

39. **La fábula de la voluntad inteligente.**— La historia de los sentimientos en virtud de los cuales hacemos a alguno responsable partiendo de los sentimientos que llamamos morales, recorre las fases siguientes. Al principio se llama buenas o malas a acciones sin ninguna relación con sus motivos, sino exclusivamente por las consecuencias útiles o enojosas que tienen para la comunidad. Pero en seguida se olvida el origen de estas designaciones, y uno se imagina que las acciones en sí, en relación a sus consecuencias, entrañan la calidad de «buenas» o de «malas», cometiéndose el mismo error que al llamar dura a la piedra y verde al árbol, tomando la consecuencia como causa. Después se relaciona el hecho de ser bueno o malo a los motivos, y se consideran los actos en sí como indiferentes. Vase algo más lejos, y entonces dase el atributo de bueno o de malo, no ya al motivo aislado, sino a todo el ser de un hombre que produce el motivo, como el terreno produce la planta. Así se hace sucesivamente responsable al hombre de su influencia primero, de sus actos después, de sus motivos a continuación, y por último, de su ser. Entonces se descubre que este ser en sí mismo no puede ser responsable, siendo como es consecuencia absolutamente necesaria y formada de los elementos y de las influencias de objetos pasados y presentes, y por lo tanto que el hombre no puede ser hecho responsable de nada, ni de su ser, ni de sus motivos, ni de sus actos, ni de su influencia. De esta manera se ve uno obligado a reconocer que la historia de las apreciaciones morales es también la historia de un error, del error de la responsabilidad, y esto porque descansa en el error del libre albedrío (arbitrio). Schopenhauer oponía a éste el siguiente razonamiento: Puesto que ciertos actos producen, después de verificados, **remordimientos** («conciencia de la falta cometida»), es indispensable que exista la responsabilidad de ellos, pues que este **remordimiento** no tendría razón alguna de ser, si además de producirse necesariamente todas las acciones del hombre —como en efecto se producen, según la opinión del mismo filósofo,— el hombre mismo existiese, con la misma necesidad, tal cual es, lo que Schopenhauer niega. Con el hecho de ese arrepentimiento, Schopenhauer cree poder probar una libertad que el hombre debe haber tenido de alguna manera, no con relación a los actos, sino con relación al ser; libertad, por consiguiente, de ser de tal o cual manera, no de **actuar** de tal o cual manera. El **esse**, la esfera de la libertad y de la responsabilidad, tiene por consecuencia, según él, **el operari**, la esfera de la estricta causalidad y de la irresponsabilidad. Este arrepentimiento se refería en la apariencia al **operari**, y en este sentido sería erróneo, pero en realidad al **esse**, que sería el acto de una voluntad libre, la causa fundamental de la existencia de un individuo; el hombre sería lo que **quisiera ser**; su querer sería anterior a su existencia. Hay en esto, aun prescindiendo del absurdo de esta última afirmación, una falta de lógica, que del hecho del arrepentimiento se concluye de pronto la justificación, la admisibilidad racional de ese arrepentimiento; por efecto de esta falta de lógica, Schopenhauer llega a su consecuencia fantástica de la sedicente libertad inteligible. (En esta fábula Platón y Kant son cómplices por igual.) Pero el arrepentimiento después de la acción no tiene necesidad de

fundamento racional alguno, ni aun otra necesidad alguna, desde que descansa en la suposición errónea de que la acción **no habría** debido producirse necesariamente. En consecuencia, solamente porque el hombre se cree libre, no porque lo sea, siente arrepentimiento y remordimiento. Por otra parte, ese pesar es cosa de que no puede uno desprenderse, porque es habitual; en algunos hombres no existe absolutamente para ciertos actos. En esto muy variable, ligado con la evolución de la moral y de la civilización, y que quizá no existe sino en un tiempo relativamente corto de la historia del mundo. Nadie es responsable de sus actos, nadie lo es de su ser; juzgar tiene el mismo valor que ser injusto, y esto es verdad aun cuando el individuo se juzga a sí mismo. Esta proposición es tan clara como la luz del sol, y sin embargo, todos los hombres quieren volver a las tinieblas y al error, por miedo a las consecuencias.

40. **El superanimal.**— La bestia en nosotros quiere ser engañada; la moral es una mentira harto necesaria para que seamos arrancados de ella. Sin los errores que residen en los cálculos de la moral, el hombre habría permanecido animal. Por ese medio se ha tomado por algo superior y se ha impuesto leyes más severas. Tiene, por eso, odio contra los grados que han quedado más próximos a la animalidad; por esta razón debe explicarse el antiguo desprecio al esclavo, como a ser que no es aún hombre, como a una cosa.
41. **El carácter inmutable.**— Que el carácter sea inmutable no es una verdad en sentido estricto; en realidad, esta proposición favorita significa solamente que durante la corta existencia de un hombre los nuevos motivos que actúan sobre él no pueden de ordinario marcar lo suficiente de años, se hallaría en él un carácter absolutamente mutable y se vería que una multitud de individuos diversos tomaría de él su desenvolvimiento. La brevedad de la vida humana conduce a muchas afirmaciones erróneas sobre las cualidades del hombre.
42. **El orden de los bienes y la moral.**— La jerarquía de los bienes decide del carácter de la moralidad e inmoralidad, según que un egoísmo bajo, superior, muy refinado, desea una cosa u otra. Preferir un bien mezquino (por ejemplo, el goce de los sentidos) a un bien más elevado (por ejemplo, la salud), pasa por inmoral, tanto como preferir el bienestar a la libertad. Pero la jerarquía de los bienes no es en todo tiempo estable e idéntica; cuando un hombre prefiere la venganza a la justicia, es moral según la escala de apreciación de una civilización anterior, inmoral según la del tiempo presente. «Inmoral» significa que un individuo no siente todavía suficientemente los motivos intelectuales, superiores y delicados que la civilización nueva del momento ha introducido; designa un individuo arrastrado. La propia jerarquía de los bienes no está edificada y modificada según puntos de vista morales; es, por el contrario, en atención a su fijación del momento como se decide si una acción es moral o inmoral.
43. **Hombres crueles, hombres atrasados.**— Los hombres que son crueles hoy deben hacernos el efecto de graderías de **civilizaciones anteriores** que hubiesen sobrevivido; la montaña de la humanidad presenta en ellos al descubierto las formaciones inferiores, que de otro modo quedarían ocultas. Son hombres atrasados, cuyo cerebro, por causa de todos los accidentes posibles en el curso de la herencia, no ha sufrido una serie de transformaciones bastante delicadas y múltiples. Nos ponen de manifiesto lo que todos **fuimos** y nos causa miedo, pero son tan poco responsables como puede serlo un pedazo de granito de ser granito. En nuestro cerebro se encuentran algunas ranuras y repliegues que corresponden a esta manera de pensar. pero tales repliegues y ranuras no son ya el hecho en que rueda actualmente el curso de nuestros sentimientos.
44. **Reconocimiento y venganza.**— La razón por la cual un poderoso muestra reconocimiento, es esta: su bienhechor con su beneficio ha violado el dominio del poderoso

e introduciéndose en él; a su vez, el beneficiado viola, en compensación, el dominio del bien hecho por el acto de reconocimiento. Es una forma suavizada de la venganza. Si no tuviera la satisfacción del reconocimiento, el poderoso se habría manifestado impotente y en adelante pasaría por tal. He aquí por qué toda sociedad de hombres de bien, es decir, originariamente de poderosos, coloca el reconocimiento entre los primeros deberes. Swift ha osado adelantar esta proposición: que los hombres son agradecidos en la proposición en que cultivan la venganza.

45. Doble prehistoria del bien y del mal.—El concepto del bien y del mal tiene una doble prehistoria. Quien tiene el poder de pagar en la misma moneda, bien por bien, mal por mal, y quien así devuelve en efecto, quien, por consiguiente, ejerce el agradecimiento y la venganza, es llamado bueno. Quien no es poderoso para ello y no puede devolver así, está contado entre los malos. Se pertenece, pues, en calidad de bueno, en la clase de «buenos», a un grupo en que existe el espíritu de cuerpo, porque todos los individuos están, por el sentimiento de las represalias, encadenados los unos a los otros. Se pertenece en calidad de malo, en la clase de los «malos», a un agrupamiento de hombres esclavizados, impotentes, que no tienen espíritu de cuerpo. Los buenos son una casta, los malos una casta semejante a las de polvo. Bueno y malo equivalen por un tiempo a noble y villano, señor y esclavo. Por el contrario, no se ve al enemigo como malo cuando puede volver la semejante. Troyanos y griegos son en Homero tan buenos los unos como los otros. No es el que nos causa daño, sino el que es despreciable, quien pasa como malo. En el cuerpo de los buenos, el bien es hereditario; es imposible que un malo salga de tan buen terreno. Si, a pesar de todo, uno de los buenos comete una acción indigna de los buenos, se tiene el recurso de los expedientes; se atribuye, por ejemplo, la falta a un dios diciendo que ha herido al bueno con la ceguera y el error. Es, **en segundo término**, en el alma de los oprimidos, de los impotentes. En ésta, cualquier otro hombre es considerado hostil, sin escrúpulos, explotador, cruel, pérfido, así sea noble o villano; malo es epíteto característico del hombre y aun de todo ser viviente, cuya existencia se supone recibida de un dios; por humano, divino, son equivalentes a diabólico, malo. Los signos de bondad, la caridad, la piedad, son recibidas con angustia como maliciosas, como preludios de una desnudez aterradora, como maliciosas, como refinamientos de maldad. Con tales disposiciones de espíritu del individuo, apenas si puede nacer una comunidad, ni aun en su más grosera forma; en todas partes en donde reine esta concepción del bien y del mal, la ruina de los individuos, de sus familias, de sus razas, está próxima. Nuestra moralidad actual se ha engrandecido en el terreno de las razas y castas que dirigen.

46. Compasión más fuerte que pasión.— Hay casos en que la compasión es más fuerte que la pasión misma. Sentimos, por ejemplo, más disgusto cuando uno de nuestros amigos se hace culpable de alguna ignominia, que cuando nosotros mismos lo hacemos.

Y es porque, desde luego, nosotros tenemos más fe que él en la pureza de su carácter, y porque nuestro amor hacia él es, sin duda, por causa de esta fe, más intenso que el que él se tiene a sí mismo. Aun cuando en el hecho su egoísmo sufra más que nuestro egoísmo, pues que debe soportar él las consecuencias de su crimen con mayor fuerza que nosotros, lo que hay en nosotros de no egoísta —esta palabra no debe nunca entenderse estrictamente, sino sólo como una facilidad de expresión— está más mortificado por su falta, más fuertemente que lo que hay en él de no egoísta.

47. Hipocondría.— Hay hombres que se vuelven hipocondríacos por simpatía e inquietud por otra persona; la especie de piedad que nace entonces debe tenerse como una enfermedad. Existe también una hipocondría cristiana de que son atacadas aquellas gentes solitarias, presas de la emoción religiosa, que se ponen continuamente ante los ojos la pasión y muerte de Cristo.

48. **Economía de la bondad.**— La bondad y el amor, sociedad de los hombres, son hallazgos tan preciosos, que debería, sin duda, anhelarse que al aplicación de esos medios balsámicos se hiciese con la mayor economía posible. La economía de la bondad es el sueño de los utopistas más aventurados.
49. **Benevolencia.**— Entre las cosas pequeñas, pero infinitamente frecuentes, y por consiguiente, eficacísimas, a las cuales la ciencia debe consagrar mayor atención que a las grandes cosas raras, es necesario contar la benevolencia; me refiero a esas manifestaciones de disposición amistosa en las relaciones, a esa sonrisa de la mirada, a esos apretones de manos, a ese buen humor, de que por lo general casi todos los actos humanos están rodeados. Todo profesor, todo funcionario hace esta adición a lo que es un deber para él; es la forma de actividad constante para la humanidad, es como las ondas de luz en que todo se desenvuelve; particularmente en el círculo más estrecho, en el interior de la familia, la vida no reverdece ni florece sino por esa benevolencia. La cordialidad, la afabilidad, la política de corazón, son derivaciones siempre resultantes del instinto altruista, y han contribuido mucho más poderosamente a la civilización que aquellas otras manifestaciones más famosas del mismo instinto, que se llaman simpatía, misericordia, sacrificio. Pero se tiene el hábito de estimarlas poco, y el hecho es que en ello no entra mucho altruismo. La **suma** de esas dosis mínimas no es menos considerable; su fuerza total constituye una de las fuerzas mayores. Así se encontrará mucho mayor dicha en el mundo que no viendo con mirada sombría; quiero decir, si uno hace bien sus cálculos y no olvida esos momentos de buen humor de que todo día está lleno en toda vida humana, aún en la más atormentada.
50. **El deseo de excitar la piedad.**— La Rochefoucauld pone ciertamente el dedo en la llaga, en el pasaje más interesante de su **Propio retrato** (impreso por primera vez en 1658), cuando despierta los recelos de todos los hombres racionales contra la piedad, cuando aconseja relegarla a la gente del pueblo, que tiene necesidad de las pasiones (puesto que la razón no fija sus rumbos) para dejarse conducir a prestar alivio a los que sufren y a intervenir con energía ante una desgracia, toda vez que la piedad, según su criterio (que es también el de Platón), enerva el alma. Se debería —dice— **dar testimonio** de la piedad, pero precaverse de tenerla, puesto que los desgraciados son, hablando claro, **tan tontos**, que un simple testimonio de piedad basta para que ellos reciban como el mayor beneficio.
- Tal vez se pudiera tener mayor precaución contra tal sentimiento de piedad, si en lugar de concebir esta necesidad de los desgraciados como una necedad y un defecto de penetración, como el decaimiento de espíritu propio del desgraciado (y La Rochefoucauld parece que lo concibe así), se la viese como algo diferente, muy digno de reflexión. Se nos argüirá que se observa que no pocos niños gritan y lloran para despertar la compasión, aguardando el momento de revelar su situación; que vivimos rodeados de enfermos y de hombres de espíritu deprimido, y que debemos preguntarnos, en consecuencia, si las quejas, y los lamentos, y la exhibición del infortunio no persiguen en el fondo **el fin de hacer mal** a quienes fijen su atención en ellos. Hasta podría decirse que la compasión manifestada en tales casos, si es un consuelo para los débiles y los que sufren, es a la vez causa de que vean en ella por lo menos un derecho y quizá un **poder**, a despecho de su propia debilidad: **el poder de hacer mal**. El desgraciado siente una especie de gozo en el sentimiento de superioridad, que le da a conocer el testimonio de piedad; su imaginación se exalta; se halla pues, bastante poderoso siempre para causar dolores en el mundo. Por lo tanto, la sed de excitar la piedad es sed de gozo del propio yo a costa de nuestros semejantes. Exhibe el hombre en toda la brutalidad de su amor propio, pero no precisamente en su «necedad», como pensaba La Rochefoucauld. En cualquier tertulia, tres cuartas partes de los temas de conversación, y tres cuartas partes de las respuestas, tienen interlocutor; esta es la causa por la que muchos hombres tienen verdadera sed de vivir en sociedad: la sociedad les da el

sentimiento de su fuerza. En esas dosis, infinitas en número, aunque muy pequeñas, la maldad se manifiesta como poderoso medio de excitación para la vida; así como la benevolencia, esparcida en la sociedad humana en forma análoga, es el medio de salud que siempre está pronto. Pero habrá muchas gentes honradas que confiesen que hay placer en hacer el mal, que no es raro que se viva —y se viva bien— ocupándose en causar desazones a otros hombres, a lo menos con el pensamiento, y en disparar sobre ellos esta granada de la maldad. La mayor parte de ellos son demasiado malos, y algunos demasiado buenos para que entiendan una palabra de este **pudendum**: unos y otros negarán siempre que Próspero Merimée tenga razón cuando dijo: «**Sabed que no hay nada más común que hacer el mal por el placer de hacerlo.**»

51. **De como el parecer se transforma en ser.**— El comediante no puede dejar, aun en medio del más profundo dolor, de pensar en su persona y en el efecto del conjunto escénico, hasta en el momento de la inhumación de su propio hijo, por ejemplo, su dolor y su llanto tendrán manifestaciones propias de su modo de ser, considerándose a sí mismo su propio espectador. El hipócrita que tiene que desempeñar siempre un papel, acaba por no serlo, del mismo modo que los sacerdotes, que, por lo general, son en su juventud, consciente o inconscientemente, hipócritas, acaban por connaturalizarse con su carácter, y es entonces cuando se hacen verdaderamente sacerdotes, sin afectación alguna, y si el padre no llegara al término que se ha propuesto, tal vez el hijo, que se aprovecha del adelanto paterno, heredaría su hábito. Cuando un hombre quiere porfiadamente parecer una cosa, acabará por serle muy difícil ser otra. La vocación de casi todos los hombres, incluso los artistas, comienza por hipocresía, por la imitación de lo exterior, por copiar lo que causa efecto. El que lleva sin cesar la careta del disimulo amistoso, tiene que acabar por enseñorearse de aquellas actitudes benévolas, sin las cuales la expresión de la cordialidad no puede encontrarse, y cuando, a su vez, lleguen éstas a apoderarse de él, entonces será afable por completo.
52. **El grano de honradez en el engaño.**— Entre los grandes engañadores, es necesario notar un fenómeno, al que deben su poder. En el acto propio del engaño, entre todas sus preparaciones, en el carácter conmovedor impreso a la voz, a la palabra, a los gestos, en medio de todo ese aparato escénico poderosísimo, están dominados por la fe en sí mismos: ay esta fe es la que entonces habla a los que le rodean con aquella autoridad que participa del milagro. Los fundadores de religiones se distinguen de estos grandes engañadores en que no salen jamás del estado de engaño de sí mismos o apenas tienen momentos de clarividencia en que la duda les asalta, y por lo común entonces buscan consuelo atribuyendo esos momentos al maligno que su adversario. Es indispensable el previo engaño de sí mismos para que aquéllos y éstos produzcan efecto de grandeza. Los hombres creen en la verdad de todo lo que ha sido creído por otros con evidencia y con firmeza.
53. **Pretendidos grados de verdad.**— Uno de los errores de lógica más comunes es este: alguien es verídico y sincero para con nosotros, luego dice la verdad. Así es como el niño cree en los juicios de sus padres, el cristiano en las afirmaciones del fundador de la Iglesia. Del mismo modo, no quiere aceptarse que todo lo que los hombres prohibieron en los siglos pasados, al precio de su dicha y de su vida, eran sólo errores: cuando más, se dirá que fueron grados de verdad. Pero en el fondo se piensa que si alguno ha creído de buena fe y ha combatido y muerto por su fe, no puede creerse que a ello le hubiese impelido un puro error. Tal fenómeno parece estar en contradicción con la justicia eterna, y de ahí que en los hombres sensibles el corazón se empeñe siempre en sostener, contra la cabeza, esta proposición: que entre las acciones morales y la clarividencia intelectual tiene que existir un lazo necesario. Desgraciadamente no es esto así; la justicia eterna no existe.
54. **La mentira.**— ¿Por qué los hombres, en su mayoría, dicen la verdad la mayor parte del

tiempo? No es porque Dios haya prohibido la mentira. Es, primero, porque al verdad les es más fácil; la mentira exige invención, disimulo y memoria; he aquí por que dice Swift: «El que lanza una mentira, rara vez se da cuenta del pesado fardo que echa sobre sí; para sostenerla necesita soltar otras veinte.» Es, en segundo lugar, porque en circunstancias normales ofrece más ventajas hablar con franqueza: «Quiero esto, quiero aquello», y así en todo. Y es, en tercer lugar porque el camino del restringimiento y de la autoridad es más seguro que el de la astucia. Sin embargo, cuando un niño se ha educado en circunstancias domésticas complicadas, se vale siempre de la mentira, y dice involuntariamente lo que conviene a su interés: el sentido de la verdad, la repugnancia a la mentira en sí, le son de todo punto extrañas e inaccesibles, y miente con la mayor inocencia.

55. Sospechar de la moral por miramiento a la fe.— Ningún poder logrará sostenerse si está representado sólo por hipócritas; la Iglesia católica posee todavía hermoso número de elementos «seculares», su fuerza reside en esta especie de sacerdotes, numerosos aún, que hacen vida penitente y de severa austeridad y cuyo extenuado aspecto nos habla de ayunos y de vigiliass, de oraciones fervientes y quizá, sí, hasta de flagelaciones; son ellos lo que inquietan a los hombres y los obligan a pensar si será necesario vivir del mismo modo: tal es al horrible cuestión que en la mente despierta su presencia. Al sembrar tal duda no dejan por un momento de enclavar nuevos sostenes para su poder; hasta los mismos pensadores no se atreven a decir con la ruda franqueza del sentido de la verdad a estos hombres separados de ellos: «Pobres engañados, no tratéis de engañar.» Sólo los separa cierta diferencia de puntos de vista, no diferencia real de bondad o de maldad; pero lo que no es amado es en la práctica tratado con injusticia. Así es como se habla de la malicia y del arte execrable de los jesuitas, sin considerar cuánta violencia tiene que hacerse a sí mismo cada jesuita y cuántas privaciones se impone, puesto que la práctica de vida cómoda que predicán los manuales jesuitas debe aplicarse, no a ellos, sino a la sociedad laica. Hasta podría preguntarse si nosotros, los amigos de la luz, teniendo organización y táctica semejante, seríamos tan buenos instrumentos, alcanzaríamos victorias tan admirables sobre nosotros mismos de infatigable actividad y abnegación.

56. Victoria del conocimiento sobre el mal radical.— Para todo aquel que quiere hacerse sabio, es rico filón el haber abrigado, durante algún tiempo, el concepto del hombre malo y corrompido por naturaleza: este concepto es falso como el opuesto, ha dominado durante períodos enteros, y las raíces han echado ramales hasta nosotros y en todo el mundo. Para comprendernos, es necesario comprenderle; pero para ascender todavía más, es preciso que le hayamos afirmado. Entonces todavía más, es preciso que le hayamos afirmado. Entonces reconocemos que no hay pecados en sentido metafísico, pero que tampoco hay virtudes en el mismo sentido; que todo este dominio de las ideas morales está continuamente en terno vaivén; que hay conceptos más altos o más bajos del bien y del mal, de lo moral y de lo inmoral. Quien no busca en las cosas sino conocerlas, llega fácilmente a vivir en paz con su propia alma; cuanto más, podrán achacarse a ignorancia, difícilmente a concupiscencia, sus errores (pecados que dice el mundo). Ya no querrá ni excomulgar ni extirpar los apetitos; pero ese fin único, que le domina por completo, de conocer, en todos los instantes, tanto como le es posible, le dará la sangre fría que necesita y suavizará todo lo que haya de salvaje en su naturaleza. Hállase libre, por otra parte, de multitud de ideas mortificantes, no queda ya impresionado por las palabras sobre las personas del infierno, sobre el estado del pecado, sobre la incapacidad del bien: no las reconoce sino como sombras vagas de falsos conceptos del mundo y de la vida.

57. La moral considerada como autonomía del hombre.— Un buen autor que pone realmente su alma en su producción, desea que cada uno le reduzca a la nada, exponiendo el mismo asunto con mayor claridad y dando respuesta definitiva a todos los problemas que

lleva consigo. La doncella amorosa desea someter a prueba, frente a la infidelidad del ser amado, la fidelidad abnegada de su propio amor. El soldado desea sucumbir en el campo de batalla en favor de su patria victoriosa, puesto que en el triunfo de la patria encuentra el triunfo de su propia suprema aspiración. La madre da al niño lo que se quita a sí misma, el sueño, el mejor alimento, y en algunos casos su salud, su fortuna. ¿pero son estos actos manifestaciones, estados altruistas del alma? ¿Son milagros estos actos de moralidad, porque, según la expresión de Schopenhauer, son «imposibles, y sin embargo, reales»? ¿No es cierto que en estos cuatro casos el hombre tiene preferencia por algo de su ser, una idea, un deseo, una criatura, antes que por otro algo de su mismo ser también, y que, por consiguiente, secciona éste y sacrifica una parte de él en favor de otra? ¿Hay algo esencialmente distinto cuando un hombre de mala cabeza dice: «Prefiero verme arruinado que ceder a ese hombre un paso de mi camino»? La inclinación a alguna cosa (deseo, instinto, anhelo) se encuentra en cada uno de estos cuatro casos, y ceder a ella, con todas sus consecuencias, no es altruismo. Moralmente, no se trata el hombre como un individuum, sino como un dividuum.

58. **Lo que se puede prometer.**— Pueden prometerse acciones, pero no sentimientos, porque éstos son involuntarios. Quien promete a otro amarle siempre u odiarlo siempre o serle siempre fiel, promete algo que no está en su mano poder cumplir; lo que puede prometer son actos o manifestaciones, que si ordinariamente son consecuencia del amor, del odio, de la fidelidad, pueden también provenir de otras causas, puesto que caminos y motivos diversos conducen a una misma acción. La promesa de amar a alguno significa, pues, lo siguiente: Mientras que te ame, te mostraré pruebas de mi amor; si dejara de amarte, continuarás, no obstante, recibiendo de mi iguales manifestaciones, aunque por motivos diferentes, de manera que en concepto de los demás hombres persista la apariencia de que el amor será inmutable y siempre el mismo. Así, pues, el hombre promete la persistencia de la apariencia del amor, cuando sin cegarse voluntariamente, promete amor eterno.
59. **Inteligencia y moral.**— Es necesario tener muy buena memoria para que seamos capaces de retener las promesas hechas; es necesario que se tenga gran fuerza de imaginación para ser capaces de sentir la compasión. Tan estrechamente se halla la moral ligada a la bondad de la inteligencia.
60. **El deseo de vengarse y la venganza.**— Concebir un pensamiento de venganza y realizarlo, equivale a padecer un fuerte acceso de fiebre: concebir un pensamiento de venganza sin tener ni el esfuerzo ni el valor necesario para realizarlo, equivale a sufrir un mal crónico, una especie de envenenamiento del cuerpo y del alma. La moral, que no mira sino a las intenciones, aprecia los dos casos de la misma manera; vulgarmente se aprecia el primer caso como el peor (a causa de las malas consecuencias que puede producir el hecho de vengarse). Una y otra apreciación son por extremo limitadas, propias de quien no mira lejos.
61. **Saber esperar.**— Saber esperar es tan difícil, que los más grandes poetas no han desdeñado tomar por asunto de sus poemas el hecho de no saber esperar. Así lo han hecho Shakespeare en Otelo, Sófocles en Ajax: el suicidio de Ajax no hubiera parecido a Sófocles necesario si hubiera dejado calmar su impresión solamente un día, como indica el oráculo; seguramente que hubiese hecho burla de las terribles insinuaciones de la vanidad herida y se habría dicho hablando consigo mismo: «¿Quién no ha tomado, en mi situación, un carnero por un héroe? ¿Hay en ello algo de monstruoso?» Por el contrario, en esto no hay sino un hecho generalmente humano: Ajax hubiera podido así consolarse. La pasión no quiere esperar: lo trágico en la vida de los grandes hombres consiste, no en su conflicto con su época y con la poquedad y bajeza de sus contemporáneos, sino en su incapacidad para

postergar su obra un año o dos años. No saben esperar. En todos los duelos los amigos que aconsejan tratan de penetrarse de este punto único: si los duelistas pueden esperar todavía; si esto no puede ser, entonces el duelo es razonable, pues cada uno de los empeñados en él se dice: «O seguiré yo viviendo, en cuyo caso él morirá en el campo de honor, o a la inversa.» Esperar sería, en caso semejante, continuar sufriendo el espantoso martirio del honor herido, en presencia de quien lo hirió, y este puede ser el colmo del sufrimiento, puesto que la misma vida no vale nada.

62. **La embriaguez de la venganza.**— Los hombres groseros que se creen ofendidos tienen costumbre de aumentar tanto como pueden el grado de ofensa que se les ha inferido, y de narrar sus causas exagerándolas demasiado, sólo para tener el derecho de embriagarse con los sentimientos de odio y de venganza luego que despiertan en su corazón.
63. **Valor del empequeñecimiento.**— Muchos hombres, tal vez la inmensa mayoría, tienen absoluta necesidad, para sostener el respeto de sí mismos y cierta lealtad de conducta, de rebajar en su concepto y humillar a todos los hombres que conocen. Y como las naturalezas mezquinas se encuentran en mayoría, e importa mucho que tengan esta lealtad o la pierdan, se desprende. . .
64. **El arrebatado.**— Frente a frente de un hombre que se subleva contra nosotros, debemos tomar todas las precauciones que tomaríamos en presencia de otro que haya atentado contra nuestra vida, puesto que si vivimos aún depende de la ausencia en él del poder de matar; si las miradas bastaran para matar, ya hubiéramos muerto hace tiempo. En esta una rezaga de civilizaciones primitiva, que consiste en imponer silencio, haciendo visible la ferocidad física y excitando el terror. Cosa análoga se ve aquel aspecto frío que los nobles tienen al tratar con un servidor suyo: es un resto de la separación de razas entre hombres y hombre, una reminiscencia de la antigüedad primitiva; las mujeres, conservadoras de lo antiguo, han conservado más fielmente este atavismo.
65. **Adónde puede llevar la honradez.**— Alguien tenía la enojosa costumbre de explicar, cuando la ocasión se presentaba, muy honradamente los motivos que inspiraban sus procedimientos, que eran tan buenos y tan malos como los de los demás hombres. De pronto, promovió fuerte escándalo, después despertó sospechas, y poco a poco llegó hasta ser inscrito en el índice y proscrito de la sociedad, hasta el punto de que la justicia se pusiese sobre aviso respecto de un ser tan digno de reproche, en aquellas circunstancias en que de ordinario la justicia no tiene ojos, y si los tiene los cierra. La falta de discreción en lo que respecta al secreto general y la inclinación inexcusable de ver lo que nadie quiere ver, le llevaron a prisión y a una muerte prematura.
66. **Punible y jamás castigado.**— Nuestro crimen en lo que respecta a los criminales consiste en que los tratamos como lo harían los cobardes.
67. **Santa sencillez de la virtud.**— Toda virtud tiene sus privilegios: por ejemplo, el de llevar a la hoguera de un condado el contingente de su pequeño haz de leña.
68. **Moralidad y consecuencia.**— No son tan sólo los espectadores de un acto los que miden con más frecuencia la moralidad de sus consecuencias, no; el mismo autor hace esa apreciación, puesto que los asuntos y la intención son rara vez claros y sencillos, y con frecuencia la memoria se turba por la consecuencia de la acción, lo mismo que se atribuyen a la propia acción motivos falsos, o se hacen no esenciales los que lo son. El éxito da frecuentemente a un hecho todo el honrado esplendor de la buena penetración, el fracaso sombrea con el remordimiento el acto más respetable. De allí nació la conocida práctica del

político que dijo: «Dadme solamente el éxito; con él pondré de mi lado a todas las almas honradas, y me haré honrado ante mis propios ojos.» Todavía hoy, bastantes hombres cultos piensan que la victoria del cristianismo sobre la filosofía griega es prueba concluyente de la verdad del primero, aun cuando en este caso no haya existido sino el triunfo de la grosería y de la violencia sobre la inteligencia y la delicadeza. Lo que hay de grande en esta verdad, puede deducirse del hecho que el despertar de las ciencias ha reunido de nuevo punto por punto la teoría de Epicuro, pero no ha refutado al cristianismo.

69. **Amor y justicia.**— ¿Por qué se enaltece al amor con prejuicio de la justicia y se le quiere dar mayor alcance diciendo de él las cosas más bellas, como si fuera superior a la justicia? ¿No es, en último extremo, el amor infinitamente menos inteligente que aquélla? Seguramente; pero esto es sin duda lo que le hace **más agradable** a todos; es ciego y posee un rico cuerno de abundancia; de aquél saca la distribución de los dones que concede a cada cual, aunque no lo merezca, aunque por ellos no reciba la menor gratitud. Es tan imparcial como la lluvia que según la Biblia y la experiencia, cala hasta los huesos, no sólo al injusto, sino también al justo en ocasiones.
70. **La ejecución.**— ¿En qué consiste que toda ejecución choque más que un asesinato? La sangre fría del juez, los preparativos del suplicio, la idea de que en tales circunstancias se utiliza un hombre para atemorizar a los demás, y esto con tanta mayor razón cuanto que la falta no es castigada, caso de haber alguna: la falta la han cometido los maestros, los padres, los amigos de la víctima; nosotros mismos, no el sentenciado; creo que hablo de circunstancias determinantes.
71. **La esperanza.**— Pandora llevó su caja llena de males, y la abrió. Era el presente de los dioses a los hombres; presente bello en apariencias y seductor; se le llamaba el «vaso de la dicha». Entonces salieron juntos con vuelo igual todos los males, seres vivos alados: desde entonces revolotean alrededor de nosotros y nos mortifican noche y día. Sólo un mal no se había escapado del vaso; entonces Pandora, siguiendo la voluntad de Zeus, tiró la cobertera y quedó dentro. Desde entonces el hombre tiene en su propia casa, dentro de sí mismo, el vaso de la dicha, y piensa maravillas del tesoro que posee aquél; se entrega a su servicio, y busca la manera de cogerlo cuando de ello tiene deseo; porque no sabe todavía que el vaso que le llevó Pandora es el vaso de los males, y que el mal que guarda en su fondo es la mayor de las infelicidades (la Esperanza). Zeus quería, en efecto, que el hombre, cualesquiera que fuesen los males que soportara, no echase lejos de sí el de la vida, para que así tuviera que dejarse torturar siempre de nuevo. Por esto es por lo que dejó al hombre la Esperanza, y la Esperanza es en verdad el peor de los males, porque prolonga los suplicios de los hombres.
72. **El poder calórico moral es desconocido.**— El hecho de haber o no tenido ciertas impresiones o presenciado ciertos espectáculos, por ejemplo, el de un padre injustamente condenado a muerte o martirizado, de una mujer infiel, de algún cruel ataque de un enemigo, decide que nuestras pasiones lleguen a la temperatura de incandescencia y dirijan toda la vida o no. Nadie sabe hasta dónde pueden llevarle las circunstancias, la piedad, la indignación; nadie conoce el grado de su poder calórico. De miserables pequeñas circunstancias nace lo miserable; no es ordinariamente de la cualidad de los sucesos, sino de la cantidad, de lo que depende la bajeza o la elevación del hombre para el bien o para el mal.
73. **El mártir a su pesar.**— Había en cierto partido un hombre que era demasiado torpe y demasiado cobarde para atreverse a contradecir alguna vez siquiera a sus camaradas; se le empleaba en todo, todo se obtenía de él, porque temblaba ante la mala opinión de sus correligionarios más que ante la misma muerte: era un pobre alma débil. El cobarde se decía

interiormente siempre y con gusto: «Sí» con los labios, y esto aun en el cadalso, cuando murió en defensa de las ideas de su partido, porque cerca de él veía uno de sus antiguos, compañeros que le tiranizaba con la palabra y con la vista, al punto de que sólo por esto sufrió la muerte, y sin embargo, después ha sido celebrado como un mártir y como un gran carácter.

74. **Escala de medida para todos los días.**— Muy rara vez se engañará el hombre si atribuye las acciones sublimes a la vanidad, las medianías a la costumbre y las pequeñas al temor.
75. **Mala comprensión de la virtud.**— Aquel que ha aprendido a conocer la falta de virtud estando identificado con el placer, así como aquel a quien sigue una juventud ávida de goces, se imagina que la virtud debe estar unida a la falta de placer. Quien, por el contrario, ha sufrido mucho por sus pasiones y sus vicios, aspira a tener en la virtud el descanso de la dicha del alma. Por esto podríamos decir que dos virtuosos no se entienden absolutamente.
76. **El asceta.**— El asceta hace de la virtud una necesidad.
77. **El honor transportado de la persona a la causa.**— Acostumbramos honrar los actos de amor y de sacrificio en provecho del prójimo dondequiera que se presenten. Con ello acrecentamos la estimación de las cosas por amarlas de tal manera o por sacrificarnos por ellas, por más que no tengan quizá gran valor. Un ejército valeroso atrae las convicciones de todos en favor de la causa por la cual combate.
78. **La ambición sucedánea del sentido moral.**— El sentido moral suele no faltar en naturalezas que no tienen ambición. Los ambiciosos, a su vez, pueden pasarse sin él. Con ello acrecentamos la estimación de las cosas por casi con el mismo resultado. Por esto los hijos de familias modestas que repugnan la ambición, si llegan a perder el sentido moral se hacen rápidamente bandoleros refinados.
79. **La vanidad enriquece.**— ¡Qué pobre sería el espíritu humano sin la vanidad! Pero con ella se asemeja a un almacén bien lleno y siempre llenándose de nuevo, que atrae a parroquianos de toda clase: pueden encontrar allí casi todo, siempre que tengan consigo el género de moneda que circula (la admiración).
80. **Anciano y muerto.**— Abstracción hecha de las exigencias que impone la religión, se encuentra uno autorizado para preguntarse: ¿por qué habría más gloria para un hombre envejecido, cuyas fuerzas decaen rápidamente, en esperar su lenta disolución y agotamiento, que en fijarse él mismo su término con plena conciencia? El suicidio es, en este caso, una acción próxima y natural, que siendo una victoria de la razón, debería, en justicia y equidad, excitar el respeto: y el hecho es que lo excitaba en los tiempos en que los jefes de la filosofía griega y los patriotas romanos más valerosos tenían costumbre de morir suicidas. Por el contrario, la sed de prolongarse la vida, día por día, por medio de la consulta inquieta a los médicos y del régimen más pesado sin la fuerza de fijarse el término de la propia vida, es mucho menos respetable. Las religiones son ricas en expedientes contra la necesidad del suicidio: es un medio de insinuarse por el halago en los hombres que están enamorados de la vida.
81. **Errores del pasivo y del activo.**— Cuando el rico, se apodera de un bien que pertenece a un pobre (por ejemplo, un príncipe que le arrebatara su mujer), se produce un error en el pobre: piensa que el otro debe ser muy abominable por haberle quitado lo poco que posee. Pero el otro está muy lejos de tener un sentimiento tan profundo de un **sólo** bien: no puede,

pues, penetrar en el alma del pobre, y no le agravia tanto como éste cree. Ambos tienen idea falsa respecto del otro. La injusticia del poderoso que subleva más que nada en la historia, no es tampoco tan grande como parece. Sólo el sentimiento hereditario de ser un ser superior con derechos superiores, da bastante calma y deja la conciencia en reposo; nosotros mismos, siendo como somos, cuando la diferencia entre nosotros y los demás es muy grande, no abrigamos ya ningún sentimiento de injusticia, y matamos, por ejemplo, una mosca sin el menor remordimiento. No da, pues, señal de maldad Jerjes (a quien todos los griegos representan como eminentemente noble), cuando arrebató un hijo a su padre y le hace despedazar por haber manifestado desconfianza inquietante y de mal agüero para el éxito de su expedición. El individuo es, en semejante caso, descartado, como un insecto desagradable; está colocado demasiado bajo para que pueda excitar remordimiento de larga duración en el señor del mundo. No; en aquel a quien maltrata; su concepto del dolor no es igual al sufrimiento del otro. Pasa lo mismo con los jueces injustos, con el periodista, que por pequeñas faltas de honradez extravía la opinión pública. La causa y el efecto corresponden en todo caso a grupos muy diferentes de sentimientos y de pensamientos; sin embargo, supone uno involuntariamente que el autor y la víctima piensan y sienten del mismo modo, y conforme a esa suposición, se mide la falta del uno por el dolor del otro.

82. **La piel del alma.**— Así como los huesos, los músculos, las entrañas y los vasos sanguíneos están cubiertos con una piel que hace soportable el aspecto del hombre, del mismo modo las emociones y las pasiones del alma están envueltas en la vanidad, piel del alma.
83. **Sueño de la virtud.**— Cuando la virtud duerma, se levantará más lozana.
84. **Sutileza de la vergüenza.**— Los hombres sienten vergüenza, no por tener algún bajo pensamiento, sino porque figuran que se les atribuye ese mismo bajo pensamiento.
85. **La maldad es rara.**— La mayor parte de los hombres están hartos ocupados en sí mismos para ser malvados.
86. **Las pesas de la balanza.**— Se alaba o se censura, según que lo uno o lo otro nos da mejor ocasión para hacer lucir nuestra fuerza de raciocinio.
87. **Corrección a Lucas, 18, 14o.**— El que se humilla, quiere hacerse ensalzar.
88. **Prohibición del suicidio.**— Hay derecho que nos permite tomar la vida de un hombre; no hay ninguno que nos permita tomar su muerte; es pura crueldad.
89. **Vanidad.**— Nos inquietamos de la buena opinión de los hombres, primero porque nos es útil, después porque queremos hacernos con amigos (los hijos de sus padres, los estudiantes de sus maestros y las personas benévolas en general del resto de los hombres). Solamente cuando la buena opinión de los hombres es estimada por alguno prescindiendo de su ventaja o de su deseo de complacer, es cuando hablamos de vanidad. En este caso el hombre quiere complacerse en sí mismo, pero a expensas de los demás, o bien llevándoles a formarse una falsa opinión de él, o bien aspira a un grado tal de «buena opinión», que llegará a hacerse pesado a los demás, excitando su envidia. El individuo quiere, de ordinario, por medio de la opinión de otro, acreditar y fortificar a sus propios ojos la opinión que tiene de sí mismo; pero el poderoso ejercicio de la autoridad —usanza tan antigua como el hombre— lleva a muchas personas hasta a apoyar en la autoridad su propia fe en sí mismo, y por lo tanto, a no recibirla sino de otro: se fían en el juicio de los demás más que en el propio. El interés que uno toma en los vanidosos es un nivel tal, que conducen a los demás a

una estimación de sí mismo falsa, demasiado elevada, y que en seguida se someten, sin embargo, a la autoridad de los otros: así introducen el error, y al mismo tiempo no desean tanto complacer a otros como complacerse a sí mismos, y que van bastante lejos para descuidar su provecho, pues creen frecuentemente de importancia preparar a sus semejantes a disposiciones desfavorables, hostiles, envidiosas, y por lo tanto, desventajosas para ellos, nada más que por obtener la satisfacción de su yo, el contento de sí mismos.

90. **Límites de la filantropía.**— Todo hombre que se ha convencido de que otro es un imbécil, un pobre diablo, se enoja cuando éste demuestra que no lo es.
91. **Moralidad lacrimosa.**— ¡Cuánto placer produce la moralidad! ¡Piénsese solamente en el mar de agradables lágrimas que han corrido ya por la recitación de rasgos móviles, magnánimos! Este atractivo de la vida desaparecería si la creencia en la irresponsabilidad absoluta llegara a dominar.
92. **Origen de la justicia.**— La justicia, la equidad, tiene origen en los hombres más o menos **igualmente poderosos**, como Tucídides lo ha expresado muy bien en el honroso diálogo entre los diputados atenienses y los médicos*. Es a saber que allí donde no hay poder claramente reconocido como predominante y donde una lucha no conduciría sino a daños recíprocos sin resultados, nace la idea de un acuerdo y de discutir las pretensiones de una y otra partes: el carácter del trueque es el carácter inicial de la justicia. Se da a cada cual lo que quiere tener, de modo que en adelante sea suyo, y en cambio, se recibe el objeto propio de deseo. La justicia es, pues, una compensación y un trueque en la hipótesis de una potencia aproximadamente igual; y así es también cómo originariamente la venganza pertenece al reinado de la justicia y es un cambio. Lo mismo sucede con el reconocimiento. La justicia se vuelve, naturalmente, al punto de vista de una observación juiciosa, y por lo tanto, al egoísmo, por medio de esta reflexión: «¿Con qué objeto causarme daño inútil, sin realizar quizá mi propósito?» He aquí el origen de la justicia. Porque los hombres, siguiendo su costumbre intelectual, han **olvidado** el fin original de los actos justos, equitativos, y sobre todo, porque durante siglos los niños han sido educados para admirar e imitar tales actos, poco a poco ha nacido la apariencia de que un acto justo sería un acto no egoísta. Es, pues, en esta apariencia donde descansa la alta estimación que se tiene por aquella, la cual, además, como toda estimación, está continuamente empeñada en elevarse todavía, pues una cosa altamente estimada, trata de alcanzarse por medio de sacrificios, imitada, multiplicada y engrandecida por el hecho de que el valor del trabajo y del celo que cada cual dedica a ella, viene a añadirse el precio de la cosa misma ¡Qué poco moral sería el aspecto del mundo sin la facultad del olvido! Un poeta podría decir que Dios ha instalado el olvido como un ujier en el umbral del templo de la dignidad humana.
93. **El derecho del más débil.**— Cuando alguien se somete, como por ejemplo, una ciudad asaltada, se somete bajo la condición a otra más poderosa; la condición es que uno puede anonadarse o incendiar la ciudad, y así causar fuerte pérdida al poderoso. Por ello se produce, en este caso, una especie de **igualdad**, que puede servir de fundamento a derechos. El enemigo encuentra su provecho en la conservación. En este sentido existen también derechos entre esclavos y amos, es decir, en la exacta medida en que la posesión del esclavo es útil e importante para el amo. **El derecho** se extiende originariamente hasta el **límite** en que uno parece al otro precioso, esencial, imperdible, invencible, etc. En este sentido, los más débiles tienen también derechos, aunque menores. Proviene de allí el famoso **unusquisque tantum juris habet, quantum potentia valet** (o más exactamente: **quantum potentia valere creditur**).
94. **Las tres fases de la moralidad hasta nuestros días.**— La primera señal de que el

animal ha evolucionado hasta hacerse hombre, se presenta cuando sus actos no se relacionan ya al bienestar momentáneo, sino a las cosas duraderas, cuando, por consiguiente, el hombre busca la utilidad, la apropiación de un fin: tal es la primera aparición del libre gobierno de la razón. Se alcanza un grado superior, cuando se actúa conforme al principio del **honor**; gracias a él se disciplina, se somete a sentimientos comunes, y esto hace sobrepasar la fase en que la utilidad entendida personalmente era el solo guía; honra y quiere ser honrado, es decir, concibe lo útil como dependiente de su opinión sobre otro, sobre la opinión de otro sobre él. En fin, trabaja en el grado más elevado de la moralidad **hasta nuestros días** y conforme a **su** propia medida de las cosas y de los hombres, y decide por sí mismo y los demás lo que es honorable, lo que es útil; se hace legislador de las opiniones conforme al concepto siempre más desarrollado de lo útil y de lo honorable. la ciencia le hace capaz de preferir lo más útil, es decir, la utilidad general mantenida en la utilidad personal, el reconocimiento respetuoso de un valor general durable sostenido en el de un momento; vive y trabaja como una personalidad colectiva.

95. **Moral del individuo llegado a la madurez.**— Hasta ahora hemos mirado como carácter propio de la moral la impersonalidad, y se ha demostrado que, en el principio, la consideración de la utilidad general era la causa por la que se alababan y distinguían todos los actos impersonales. ¿No habría lugar para una transformación importante de estas ideas, ahora que uno se apercibe más y más de que es precisamente en las consideraciones **más personales** posibles donde la utilidad general es también la más grande, por lo mismo que justamente la conducta personal más estricta responde al concepto actual de la moralidad (entendida como utilidad general)? Hacer de uno mismo una **persona** completa, y en todo lo que se hace proponerse uno mismo su **mayor bien**, vale mucho más que esas miserables emociones y acciones en provecho de otro. Padecemos todavía de demasiado poco respeto a la personalidad en nosotros; se ha separado muy violentamente nuestro pensamiento de la personalidad, para ofrecerla al Estado, a la ciencia, a aquel que tiene necesidad de ayuda, como si la personalidad fuera un elemento malo que debiera ser sacrificado. También hoy queremos trabajar por nuestros semejantes, pero solamente en la medida en que hallamos en aquel trabajo nuestro mayor provecho, ni más ni menos. Se trata solamente de saber que se entiende por propio provecho: todo individuo no maduro, grosero, lo entenderá siempre de modo grosero.
96. **La moral y el moral.**— Ser moral, tener buenas costumbres, tener virtud, todo esto significa practicar la obediencia hacia una ley y una tradición fundadas desde hace largo tiempo. Que uno se someta a ellas con dificultad o con agrado es indiferente: basta someterse. Aquel que se llama «bueno» es, en resumen, el que por naturaleza, por efecto de larga herencia, y por lo tanto, con facilidad y gusto, procede conforme a la moral, cualquiera que ella sea; por ejemplo, vengarse, si vengarse es, como entre los griegos antiguos, una buena costumbre. Se le llama bueno, porque es bueno para «algo», así como la benevolencia, la piedad, la deferencia, la moderación, etcétera, concluyen en el cambio de costumbres por ser siempre sentidas como «buenas para algo», como útiles; así más tarde sólo se llama «bueno» al benévolo, al caritativo. En el origen eran otras especies más importantes de utilidad las que ocupaban lugar preferente. Ser malvado es ser no moral (inmoral), practicar la inmoralidad, resistir a la tradición por racional o absurda que sea; el daño hecho a la comunidad (y al prójimo que en ella está comprendido) ha sido, por otra parte, en todas las leyes morales de diversas épocas, considerado principalmente como la inmoralidad en sentido propio, al punto que hoy la palabra malvado nos hace desde luego pensar en el daño voluntario hecho al prójimo y a la comunidad. No es entre «egoísta» y «altruista» la diferencia fundamental que ha llevado a los hombres a distinguir lo moral de lo inmoral, lo bueno de lo malo, sino que más bien entre **el apego a una tradición, a una ley, y la tendencia a independizarse de ella**. Cómo haya la tradición nacido es, desde este

punto de vista, indiferente; en todo caso, sin relación al bien o al mal, o cualquier imperativo inmanente o categórico, sino atendiendo principalmente a la conservación de una comunidad, de una raza, de una asociación, de un pueblo; todo hábito supersticioso, que debe su nacimiento a una accidente interpretado erróneamente, produce una tradición que es moral seguir; independizarse de ella es peligroso, más nocivo aún a la sociedad que al individuo (porque la divinidad castiga el sacrilegio y toda violación de sus privilegios en la comunidad, y por ende en el individuo). Por consiguiente, toda tradición se hace más respetable a medida que su origen se aleja, que está más olvidado; el tributo de respeto que se le debe va acumulándose de generación en generación, la tradición acaba por hacerse sagrada e inspirar veneración, y así la moral de la piedad es una moral mucho más antigua que la que demanda acciones altruistas.

97. El placer en lo moral.— Una especie importante de placer, y por consiguiente, fuente de moralidad, proviene de la costumbre. Se hace lo habitual más fácilmente, mejor, y por lo tanto, con mayor agrado; se siente en ello placer, y se sabe que lo habitual ha sido probado, que tiene, pues, utilidad. Toda costumbre con al cual se puede vivir, ha demostrado ser saludable, provechosa, en oposición a todas las tentativas nuevas no probadas todavía. La costumbre es, por consiguiente, la unión de lo agradable y de lo útil y que no exige reflexión. Tan pronto como el hombre puede ejercer cualquier dominio, lo ejercita para conservar y propagar sus costumbres, pues a sus ojos son la sabiduría garantizada. Del mismo modo una comunidad de individuos obliga a cada elemento aislado a un mismo hábito. En ello se conoce esta falta de razonamiento, porque uno encuentra bien una costumbre o a lo menos porque con ella conserva su existencia, esa costumbre es necesaria, pues pasa por la posibilidad única en que uno puede encontrarse bien: el bienestar de la vida parece no provenir sino de ella. Este concepto de lo habitual como condición de existencia, es llevado hasta los más pequeños detalles de la costumbre: como la inteligencia de la causalidad verdadera es muy reducida en los pueblos y civilizaciones de nivel poco elevado, se aspira con temor supersticioso a que todo vaya al mismo paso que uno, aun en aquello en que la costumbre es penosa, dura, pesada; se la conserva en vista de su utilidad superior aparente. No se sabe que el mismo grado de bienestar puede existir con otras costumbres, y que hasta pueden alcanzarse grados más elevados. Pero de lo uno se da cuenta perfectamente es de que siempre las costumbres, por duras que sean, se hacen con el tiempo más agradables y más suaves, y que el régimen más severo puede trocarse en hábito, y por lo tanto en placer.

98. Placer e instinto social.— Por sus relaciones con otros hombres, el hombre adquiere una nueva especie de placer que se añade a los sentimientos de placer que saca de si mismo; por ello extiende considerablemente el dominio del placer en general. Quizá muchos elementos que entran aquí viénenle por herencia de los animales, los cuales sienten evidentemente placer cuando juegan juntos, por ejemplo, la madre con sus pequeñuelos. Por otra parte, que se reflexione en las relaciones sexuales, que hacen que casi toda mujer parezca interesante a todo hombre en atención al placer, y recíprocamente. El sentimiento de placer fundado en las relaciones humanas hace, en general, al hombre mejor; el gozo común, el placer que se disfruta colectivamente parecen acrecentarse, dan al individuo seguridad, le ponen de mejor humor, disuelven la desconfianza, la envidia; se siente mejor y ve que igualmente los demás se sienten mejor. **Las manifestaciones similares de placer** despiertan la imagen de la simpatía, el sentimiento de sus semejantes: es porque tienen también comunes, las mismas tempestades, los mismos peligros, los mismos enemigos. En ello, sin duda, se funda la asociación más antigua; tiene el sentido de una protección común. De esta manera el instinto social nace del placer.

99. Lo que hay de inocencia en las acciones llamadas perversas.— Todas las acciones

perversas son motivadas por el instinto de conservación, o más exactamente todavía, por la aspiración al placer y la huida del disgusto en el individuo; por lo tanto, siendo así motivadas no pueden ser perversas. Causar disgusto esencialmente **no existe** sino en el cerebro de los filósofos, como tampoco existe «causar placer esencialmente» (la piedad en el sentido de Schopenhauer). En la condición social anterior al Estado, matamos un ser, mono u hombre, que quiere coger antes que nosotros un fruto del árbol, justamente cuando tenemos hambre y corremos hacia el árbol: lo mismo que haríamos hoy con el animal viajando en comarcas salvajes. Las malas acciones que nos indignan hoy descansan en el error de que el hombre que las comete, en relación a nosotros tendría libre voluntad, y que, por consiguiente, habría dependido de **su buen deseo** el no inferirnos ese agravio. Esta creencia en el buen deseo despierta el odio, la venganza, la malicia, la perversión entera de la imaginación, siendo así que nos enojamos mucho menos contra un animal por creerlo irresponsable. Hacer el mal, no por instinto de conservación, sino por **represalia**, es la consecuencia de un raciocinio erróneo, y por lo mismo igualmente inocente. El individuo puede, en las condiciones sociales anteriores al Estado, tratar otros seres con dureza y crueldad para aterrorizarlos; quiere asegurar su existencia dando pruebas aterradoras de su poder. Así procede el violento, el poderoso, el fundador de un Estado primitivo que somete a su dominio a los más débiles. Tiene para ello derecho, como el Estado de hoy se lo toma, o por mejor decir, no hay derecho que pueda impedirselo. La primera condición para que se establezca la moralidad es que un individuo más fuerte o una colectividad, por ejemplo, la sociedad, el Estado, someta a los individuos, y por consiguiente los saque del aislamiento y los reúna del **constreñimiento**; es ella misma por cierto tiempo todavía un constreñimiento al cual uno se adhiere para evitar el disgusto. Más tarde llega a hacerse una costumbre, más tarde aún una libre obediencia, por fin casi un instinto; entonces es, como todo lo que existe desde tiempo atrás, habitual y natural, encadenado al placer, y toma el nombre de **virtud**.

100. Pudor.— El pudor existe en dondequiera que haya un «misterio»; es éste un concepto religioso que tenía en los más antiguos tiempos de la civilización humana una gran extensión. En todas partes había dominios limitados, a los cuales el derecho divino prohibía el acceso, salvo bajo ciertas condiciones: fue primero la prohibición enteramente local, en el sentido de que ciertos lugares no podían ser hollados por el pie de los profanos, que al acercarse a ellos sentían inquietud y espanto. Este sentimiento fue por diversos modos transportado a otros casos, por ejemplo, a las relaciones sexuales que, siendo un privilegio y un **adyton** de la edad más madura, debían ser sustraídas de las miradas de la juventud para su bien; la custodia de estas relaciones y su santificación, eran asunto que competía a numerosas divinidades, que eran reputadas como centinelas colocados en el tálamo nupcial. «En el idioma turco, el sitio donde está colocado este **harén** «santuario», y por consiguiente, está designado con nombre usual para los pórticos de las mezquitas.» Así es como la realeza, centro del cual brotan el poder y el esplendor, es para el súbdito un misterio lleno de secreto y de pudor, a consecuencia del cual muchos vestigios se dejan sentir hoy todavía en los pueblos que no se cuentan, por otra parte, entre los pudorosos. Del mismo modo, el mundo entero de los estados interiores, lo que se llama «el alma», es todavía actualmente un misterio para todos los no filósofos, como producto de lo que, durante un tiempo indefinido, fue creído digno de un origen divino de relaciones con la divinidad; es, por consiguiente, un **adyton** y despierta el pudor.

101. No juzguéis.— Debe uno evitar, al estudiar las épocas antiguas, el empeñarse en una censura injusta. La injusticia en la esclavitud, la crueldad en la sujeción de las personas y de los pueblos no deben medirse con nuestra medida, puesto que en aquel tiempo el instinto de la justicia tampoco se había desarrollado. ¿Quién se atreverá a reprochar al genovés Calvino haber hecho quemar al médico Servet? Fue esto una acción lógica que se desprendía de sus convicciones, y aun la Inquisición tiene su justificación. ¿Qué es, en realidad, el suplicio de

un hombre en comparación con los eternos suplicios del infierno para casi todos? Y sin embargo, esta concepción reinaba entonces sobre el mundo entero, sin que el honor más grande hiciese de ella un mal esencial ante la idea de Dios. Entre nosotros también, los sectarios políticos son tratados de manera dura y cruel, pero estando acostumbrados a creer en la necesidad del Estado, no se sienten en este caso las crueldades tanto como en aquellos cuyas concepciones nos repugnan. La crueldad para con los animales que se muestra entre los niños y entre los italianos se produce por falta de inteligencia: el animal ha sido, particularmente por interés de la teoría clerical, puesto atrás, muy atrás del hombre. Lo que todavía atenúa muchos horrores e inhumanidades increíbles en la historia, es la consideración de que el que ordena y el que ejecuta son personalidades diferentes: el primero no presencia el hecho, y por consiguiente, no presencia ninguna dura impresión sobre su imaginación; el segundo obedece a un superior, y por lo tanto, se cree irresponsable. La mayor parte de los príncipes y de los jefes militares, producen fácilmente, por falta de la imaginación, el efecto de hombres duros y crueles sin serlo.

El egoísmo no es perverso, porque la idea del «prójimo» —la palabra es de origen cristiano y no corresponde a la realidad— es en nosotros muy débil, y nosotros nos sentimos libres e irresponsables hacia él casi como hacia la planta y la piedra. El sufrimiento de otro es cosa que debe **aprenderse**, y jamás puede ser aprendida plenamente.

102. El hombre obra siempre bien.— Nosotros no nos quejamos de la Naturaleza como de un ser inmoral, cuando deja caer sobre nosotros una tempestad y nos empapa hasta los huesos. ¿Por qué llamamos inmoral al hombre que perjudica? Porque en éste admitimos una voluntad libre que se ejerce voluntariamente, y en aquélla una necesidad. Pero esta distinción es un error. Además, hay circunstancias en que no llamamos inmoral ni aun al hombre que daña intencionalmente; no se tiene escrúpulo, por ejemplo, en matar intencionalmente a una mosca, tan sólo porque nos fastidia su zumbido; se castiga intencionalmente al criminal y se le hace sufrir para garantírnos a nosotros mismos, y con nosotros a la sociedad. En el primer caso, es el individuo quien, para conservarse o para no sufrir disgustos, hace sufrir intencionalmente; en el segundo, es el Estado. Toda moral admite el mal realizado intencionalmente en el caso de **legítima defensa**, es decir, cuando se trata del **instinto de conservación**. Pero estos dos puntos de vista bastan para explicar todas las malas acciones cometidas por los hombres contra los hombres. Se procura o evitar el disgusto o procurarse el placer; y tanto en el uno como en el otro sentido, se trata sólo del instinto de conservación. Sócrates y Platón tienen razón: el hombre procede bien. Proceda como quiera, es decir, en favor de lo que le parece bueno (útil) según su grado de inteligencia, según su razonamiento.

103. La inocencia de la maldad.— La maldad no tiene por fin esencialmente el sufrimiento del otro, sino su propio gozo, bajo la forma, por ejemplo, de un sentimiento de venganza o de una fuerte excitación nerviosa. Nada prueba como la incomodidad cuánto placer existe en ejercer poder sobre otro y llegar por ello al sentimiento agradable de la superioridad. Veamos ahora: **la inmoralidad, ¿consiste en quitar a otro su gusto o su disgusto?** El goce de dañar, ¿es diabólico, como dice Schopenhauer? El hecho es que sacamos placer de la Naturaleza rompiendo ramas, estrellando piedras, combatiendo los animales salvajes, y todo para convencernos de nuestra fuerza. **El hecho de saber** que otro sufre por nosotros, ¿haría ahora inmoral la misma cosa, en relación a la cual nos sentimos de otro modo irresponsable? Pero si eso no se supiera, tampoco se encontraría en ello el placer de la superioridad; éste no puede manifestarse sino en el sufrimiento de otro, por ejemplo, en la incomodidad. Todo placer en sí mismo no es ni bueno ni malo; ¿de dónde vendría entonces la distinción de que para complacerse a sí mismo no tiene uno derecho de disgustar al otro? Únicamente del punto de vista de la utilidad, es decir, de la consideración de las **consecuencias**, de un disgusto eventual, en el cual el hombre perjudicado, o el Estado que lo

representa, haría esperar un castigo y una venganza: sólo esto puede haber suministrado motivo originariamente para prohibir tales actos. La piedad tiene en tan pequeña escala por fin el placer de otro, como la maldad su dolor, puesto que aquélla oculta dos elementos (quizá más) de placer personal, y no equivale este punto de vista sino al contentamiento de sí mismo: al principio, existe en ella el placer de la emoción, tal como se representa la piedad en la tragedia; después al pasar al acto, el placer de contentarse ejerciendo su poder. Por poco que una persona que sufre nos esté muy próxima, nos quitamos de encima un sufrimiento realizando actos de piedad. Excepto algunos filósofos, los hombres han colocado siempre la piedad en un rango bastante bajo en la serie de los sentimientos morales, y con derecho.

104. Legítima defensa.— Si se acepta de una manera general la legítima defensa como moral, es necesario admitir también casi todas las manifestaciones del egoísmo llamado inmoral. Procede uno mal, roba, mata, o para conservarse, o para garantizarse, o para prevenir algún infortunio personal; miento uno cuando la astucia y el disimulo son el verdadero medio de satisfacer al instinto de conservación. Dañar premeditadamente cuando se trata de nuestra existencia o de nuestra seguridad (conservación de nuestro bienestar), es admitido como moral; aun el Estado daña, desde el mismo punto de vista, cuando pronuncia una sentencia. No puede, naturalmente, consistir la inmoralidad en dañar por ignorancia; en esto reina la casualidad. ¿Existe entonces una acción premeditada de dañar, aunque no se trate de nuestra existencia, de nuestro porvenir? ¿Existe entonces alguna especie de acción de dañar con premeditación, intencionalmente, por pura perversidad, como sucede, por ejemplo, en la crueldad? Si uno no sabe el mal que produce en su acto, no es una maldad la que ejecuta; así el niño, en lo que al animal se refiere, ni es perverso ni es malvado; lo maltrata y lo destruye como a un juguete. ¿Pero se sabe alguna vez plenamente el mal que un acto causa a otra persona? El límite dentro del cual se extiende la acción de nuestro sistema nervioso es aquel en que nos guarecemos del dolor; si se extendiera más, si alcanzara a más lejos, hasta a nuestros semejantes, no haríamos mal a nadie (salvo en el caso en que nos hacemos a nosotros mismos, por ejemplo, cuando nos preocupamos por nuestras comodidades, cuando nos fatigamos y esforzamos por nuestra salud). **Concluimos**, por analogía, que si alguna cosa puede hacer mal a alguien, por el recuerdo y la fuerza de la imaginación podemos también sufrir ese mismo mal en nosotros mismos. ¡Pero cuánta diferencia queda siempre entre el dolor de muelas y el mal (compasión) que produce la vista de la enfermedad de muelas! Así, pues, cuando uno daña como se dice, por maldad, **el grado** del dolor causado nos es, en todos los casos, desconocido; y cuando se ejecuta un acto a la medida del **placer** que hay en él (sentimiento del propio poder, de la propia excitación fuerte), el acto se ejecuta para conservar el bienestar del individuo, y debe mirarse, por lo tanto, desde el mismo punto de vista de la legítima defensa, de la mentira legítima. Sin placer no hay vida; el combate por el placer es el combate por la vida. Saber si el individuo libra este combate de manera que los hombres le **llamen bueno** o de manera que le **llamen malo**, es cuestión que deciden el nivel o la naturaleza de su **inteligencia**.

105. La justicia retributiva.— Quien se ha penetrado plenamente de la teoría de la irresponsabilidad completa no puede ya colocar dentro de la categoría de la justicia lo que se llama justicia de las penas y de las recompensas, suponiendo que la justicia consista en dar a cada cual lo que le pertenece. Puesto que el que es castigado no merece el castigo, que es solamente empleado como un medio de evitar la repetición en adelante de ciertos actos por medio del terror, se sigue que aquello que se recompensa no merece recompensa; lo que se hace, se hace porque no se puede hacer de otra manera. Así, pues, la recompensa no tiene otro sentido que el de alentar al que la recibe y a los demás para proporcionar un motivo de acciones futuras: el elogio se tributa al que corre en la carrera, no al que está en el término de ella. Ni castigo ni recompensa: son cosas que llegan al individuo **como perteneciéndole**;

le han sido dadas por razones de utilidad, sin que haya tenido por qué pretenderlas con justicia. Es necesario decir también: «El sabio no recompensa porque se ha obrado bien», así como se ha dicho: «El sabio no castiga porque se ha obrado mal, sino para que en adelante no se obre mal.» Si desaparecieran el castigo y la recompensa, desaparecerían también los motivos más poderosos, que alejan de ciertos actos y que conducen a otros; la utilidad de los hombres exige su mantenimiento, y estando expresado que castiga y recompensa, que censura y elogia, agitan la vanidad más sensible, esa misma utilidad exige el mantenimiento de la vanidad.

106. El borde de la cascada.— Contemplando una caída de agua, creemos ver en las innumerables ondulaciones serpenteos, rompimientos de las ondas, la libertad de la voluntad y el capricho; poro todo es necesario, cada movimiento puede calcularse matemáticamente. Lo mismo exactamente pasa con las acciones humanas: si uno fuera omnisciente, debería poder calcular de antemano cada acción, y hasta cada progreso del conocimiento, cada error, cada maldad. El hombre al obrar por sí mismo se halla, es verdad, en la ilusión de libre albedrío; si por un instante la rueda del mundo se detuviera y hubiese en ella una inteligencia calculadora omnisciente para aprovechar esa pausa, podría continuar calculando el porvenir de cada ser hasta en los tiempos futuros más remotos, y marcar cada trazo del camino por el que la rueda tendría que pasar en adelante. La ilusión sobre sí mismo del hombre que actúa, la convicción de su libre albedrío, pertenecen igualmente a aquel mecanismo que es objeto de cálculo.

107. Irresponsabilidad e inocencia.— La completa irresponsabilidad del hombre en relación a sus actos es la gota más amarga que el investigador debe deglutir cuando ha estado acostumbrado a ver en la responsabilidad y el deber los títulos de nobleza de la humanidad. Todas sus apreciaciones, todos sus designios, todas sus inclinaciones aparecen, por tal causa, sin valor y falsos; su sentimiento más profundo, el que hacía al mártir, al héroe, ha adquirido **el valor de un error**; no tiene ya el derecho de alabar ni de censurar, pues a nada le conduce alabar o censurar la Naturaleza y la necesidad. Así, ama una buena obra, pero no la alaba porque no puede ella nada por sí misma; tal como se encuentra delante de una planta, del mismo modo debe encontrarse delante de las acciones de los hombres, delante de sus propias acciones. Puede admirar su fuerza, su belleza, su plenitud, pero no le es permitido encontrar mérito en ellas; el fenómeno químico y la lucha de los elementos, las torturas del enfermo que tiene sed de curación, tienen justamente tantos méritos como las luchas y angustias del alma en que se está importunando, o mejor, mortificado en diversos sentidos, hasta que al fin uno se decide por el más poderoso, como se dice (pero en realidad, hasta el más poderoso decide de nosotros). Pero todos estos motivos, por grandes que sean los nombres que les demos, han salido de las mismas raíces en que creemos que residen los venenos maléficos; entre las buenas y las malas acciones no hay diferencia de especie, sino, cuando más, de gradación. Las buenas acciones son malas acciones sublimadas; las malas acciones, son buenas acciones grosera y neciamente realizadas. Un sólo deseo del individuo, el del goce de sí mismo (unido al temor de que sea frustrado), se satisface en todas las circunstancias, cualquiera que sea la manera como el hombre pueda, es decir, deba actuar; sea con actos de venganza, de vanidad, de placer, de interés, de maldad, de perfidia, sea con actos de sacrificio, de piedad, de investigación científica. Los grados del raciocinio deciden en qué dirección se dejará arrastrar cada uno por este deseo; existe continuamente presente en cada sociedad, en cada individuo, una jerarquía de bienes, conforme a la cual determina sus actos y juzga los de otro. Pero esta escala de medida se transforma continuamente; muchos actos se llaman malos y no son sino torpes, porque el nivel de la inteligencia que se ha decidido por ellos era muy bajo. Mejor todavía, en cierto sentido, aun hoy **todos** los actos son torpes, porque el nivel más elevado de la inteligencia humana no puede alcanzarse actualmente; será, por cierto, sobrepasado, y entonces, mirando hacia atrás, toda **nuestra**

conducta y todos **nuestros** juicios parecerán tan limitados e irreflexivos como la conducta y los juicios de las tribus salvajes atrasadas nos parecen hoy limitados e irreflexivos. Darse cuenta de todo esto puede causar profundo dolor; pero hay un consuelo: son dolores de un nuevo alumbramiento. La mariposa quiere romper su capullo; lo desteje, rasga; entonces viene a embriagarla la luz desconocida, el imperio de la libertad. En estos hombres **capaces** de tristeza –¡que serán pocos!– es donde hace el primer ensayo de saber si la humanidad, de **moral** que es, **puede transformarse en sabia**. El sol de un Evangelio nuevo despide su primer rayo sobre las más altas cumbres de las alamas de estos hombres aislados: allí se acumulan las nubes más espesas que en cualquiera otra parte, y conjuntamente reinan la claridad más pura y el más sombrío crepúsculo. Todo es necesidad –así habla la ciencia nueva–, y aun esta ciencia es necesaria. Todo es inocencia, y la ciencia es la vía que lleva a penetrar esta inocencia. Si la voluptuosidad, el egoísmo, la vanidad son **necesarias** para la producción de los fenómenos morales y su más lozano florecimiento, en el sentido de la verdad y de la justicia del conocimiento; si el error y el extravío de la imaginación ha sido el único medio por el cual la humanidad podía elevarse poco a poco a este grado de esclarecimiento y liberación de sí misma, ¿quién se atrevería a estar triste por divisar el fin adónde llevan estos caminos? Todo el dominio de la moral se modifica, cambia; todo en fluctuación, es verdad, pero también en movimiento **progresivo** y hacia un solo fin. El hábito hereditario de los errores de apreciación, de amor, de odio, tiene que continuar actuando en nosotros; pero influido por la ciencia en desarrollo, se hará más y más débil: un nuevo hábito, el de comprender, el de no amar ni odiar, el de ver desde lo alto, se establece insensiblemente en nosotros y será dentro de miles de años bastante poderoso quizá para que la humanidad produzca al hombre sabio, inocente (consciente de su inocencia), con tanta regularidad como produce actualmente al hombre no sabio, injusto, consciente de su falta, **es decir, el antecedente necesario, no el opuesto a aquél**.

CAPITULO V

Caracteres de alta y baja civilización

224. Ennoblecimiento por degeneración.— Enseña la historia que la línea en que un pueblo se conserva mejor es aquella en que la mayor parte de los hombres tienen un vivo sentimiento común por causa de la identidad de sus principios esenciales e indisputables, y, por lo tanto, por causa de su creencia común. Allí es donde se fortifican las buenas costumbres, donde se aprende la subordinación del individuo, donde el carácter recibe la fijeza, nada más que por sus vínculos, acrecentándola después por medio de la educación. El peligro de esas comunidades, fundadas en individuos característicos de una misma especie, es la bestialización por herencia, que sigue, además, siempre a la estabilidad como su sombra. De los individuos menos seguros, más independientes y moralmente más débiles, es de quienes depende en semejantes comunidades el **progreso intelectual**, y estos son los hombres que más buscan la novedad y sobre todo la diversidad. Un número infinito de hombres de esta especie perecen, a causa de su debilidad, sin acción visible; pero en total, y sobre todo si tienen descendientes, le sirven de acomodamiento, y de cuando en cuando llevan al elemento estable de la comunidad un refuerzo. En tal situación **se inocular** algún elemento nuevo, a semejanza del ser; pero es necesario que su fuerza general sea bastante grande para recibir en su sangre este elemento y asimilárselo. Las naturalezas en degeneración son de extrema importancia dondequiera que deba realizarse un progreso. Todo progreso va precedido de un debilitamiento parcial. Las naturalezas **fuertes conservan** el tipo fijo, las débiles contribuyen a **desarrollarlo**. Algo análogo se produce entre los hombres tomados aisladamente: rara vez una decadencia, una lesión, una falta, y generalmente cualquier pérdida material o moral, deja de producir provecho en otro respecto. El hombre enfermizo tendrá, por ejemplo, en el seno de una raza guerrera y turbulenta, mejor ocasión de vivir para sí mismo, y, por consiguiente, para hacerse más tranquilo y más sabio; el miope tendrá más fuerte la vista, el ciego verá más profundamente en el ser íntimo, y en general oírás más finamente. En tales condiciones, la famosa lucha por la existencia me parece no sólo el punto de vista desde donde puede explicarse el progreso o el robustecimiento de la fuerza de un hombre, de una raza. Veo en ella más bien el concurso de dos elementos diversos: primero, el aumento de la fuerza estable por la unión de los espíritus en la comunidad de creencia y de sentimiento, y después la posibilidad de alcanzar fines más altos por el hecho de que nace naturalezas en degeneración, y por consiguiente, de debilitamientos y lesiones de esa fuerza estable; es precisamente la naturaleza más delicada la que, siendo más delicada y más independiente, hace todo progreso generalmente posible. Un pueblo que tiene algo gangrenado y débil, pero cuyo conjunto es todavía robusto y sano, es capaz de recibir la influencia del elemento nuevo y de incorporárselo con ventaja. En el hombre tomado aisladamente, la tarea de la educación es esta: proporcionarle un asiento tan firme y tan seguro que no pueda ya extraviarse. Pero entonces el deber del educador es herirle o aprovechar las heridas que le infiera el destino, y cuando así hayan nacido, el dolor y la necesidad puede tener en esos sitios, delicados por las heridas, lugar para la inoculación de algo bueno y noble. Toda su naturaleza recogerá ese abono, y más tarde el ennoblecimiento dejará ver sus frutos. En lo que concierne al Estado, Maquiavelo dice que «la forma de los gobiernos es de muy poca importancia, aunque las gentes de cultura media piensen de otro modo. El fin principal del arte y de la política debería de ser la **duración**,

superior a cualquier otra cualidad, y que es mucho más hermosa que la libertad misma». Sólo sobre una gran permanencia, firmemente asegurada, pueden desarrollarse una constante evolución y una inoculación ennoblecedora.

- 225. Espíritu libre, concepción relativa.**— Se llama espíritu libre aquel que piensa de manera distinta a la que se cree de él por causa de su origen, de sus relaciones, de su situación y de su empleo, o por causa de las miras reinantes en los tiempos actuales. Es la excepción; los espíritus siervos son la regla; estos le reprochan que sus principios libres deben comunicar un mal en su origen, o bien tender a acciones libres, es decir, a acciones que no se concilian con la moral dependiente. Dícese que tales o cuales principios libres deben derivarse de una sutileza o de una excitación mental. Los que hablan así no creen en lo que dicen, se sirven de ese procedimiento para hacer daño, pues el espíritu libre tiene generalmente el testimonio de la bondad y de la penetración superior de su inteligencia, grabado en el rostro tan legíblemente que hasta los espíritus dependientes lo comprenden. Las otras dos derivaciones del librepensamiento son entendidas lealmente: el hecho es que se producen muchos espíritus libres de una y otra manera. Acaso será ésta una razón para que los principios a los cuales se ha llegado por estos caminos, sean más verdaderos y más dignos de confianza que los que siguen los espíritus dependientes. En el conocimiento de la verdad, se trata de lo que se **tiene**, no de saber por qué motivo o por qué camino se ha buscado. Si los espíritus libres tienen razón, los espíritus dependientes no, sin que para esto importe que los primeros hayan llegado a la verdad por medio de la inmoralidad, y que los otros, a causa de su moralidad, se hayan sostenido en lo erróneo. Por lo demás, no estriba la esencia del espíritu libre en tener miras más justas, sino solamente en libertarse de lo tradicional, sea con buen o mal éxito. Por lo general, están en la verdad, el espíritu libre busca razones, los demás buscan una creencia.
- 226. Origen de la fe.**— El espíritu dependiente obra, no por razones, sino por costumbre; si es, por ejemplo, cristiano, no es porque haya examinado las religiones y elegido entre ellas; si es inglés, no es porque sea partidario de Inglaterra; adoptó al cristianismo y a Inglaterra, a la manera de un hombre que por haber nacido en un país vitícola, se hace bebedor. Oblíguese, por ejemplo, a un espíritu dependiente, a exponer sus razones contra la bigamia, y se verá experiencia como un sagrado celo por la monogamia descansa en la costumbre. El habituarse a principios intelectuales no apoyados en razones, es lo que se llama **creencia**.
- 227. Deducido de las consecuencias de lo fundado y lo no fundado.**— Todos los estados y órdenes de la sociedad, las clases, el matrimonio, la educación, el derecho, todo esto no tiene fuerza y duración sino por la fe que en ello tienen los espíritus siervos, y por lo tanto, en la carencia de razones o a lo menos en el hecho de que no quieran tocarse esas razones. Esto es lo que los espíritus siervos no quieren conceder, a pesar de que sienten que es un **pudendum**. El cristianismo, que era muy inocente en sus fantasías intelectuales, no notaba nada en este **pudendum**; pedía fe y nada más que fe, rechazando con ardor toda solicitud de razones justificadas. «Vais desde ahora —decía— a sentir la ventaja de la fe; vais a ser dichosos por ello» En la práctica, también el Estado se conduce como un padre en la educación de su hijo. «Ten esto por verdadero —dice— y verás como eres feliz. » Esto significa que la de la **utilidad** personal que acarrea una opinión, debe sacarse la prueba de su **verdad**. Es, ni más ni menos, que si un reo dijese ante el tribunal: «Mi defensor dice la verdad; atended solamente a lo que se sigue de su discurso; pronto estaré en libertad y seré resarcido.» Como los espíritus siervos sostienen sus principios por su utilidad, creen que el espíritu libre busca la utilidad por medio de las convicciones, y dicen así : «No pueden tener razón, porque nos perjudica.»

228. El carácter fuerte y bueno.— La servidumbre de las convicciones, hecha ya instituto por el hábito, conduce a lo que se llama energía de carácter. Cuando alguien obra por un pequeño número de motivos, pero siempre los mismos, adquieren sus acciones gran energía; si esas acciones están de acuerdo con los principios de los espíritus siervos, producen en el que las ejecuta el sentimiento de la buena conciencia. Un pequeño número de motivos, una acción enérgica y una buena conciencia constituyen lo que se llama energía de carácter. En el hombre de carácter escasea mucho el conocimiento de las múltiples posibilidades y direcciones de la acción, su inteligencia es dependiente, sierva, toda vez que no le muestra en caso dado más que dos posibilidades. Lo que se llama buen carácter en un niño, prueba que es siervo de un hecho existente; poniéndose al lado de los espíritus siervos, producen en el que las ejecuta el sentimiento de la acción enérgica y una buena conciencia constituyen lo que se llama energía de carácter. En el hombre de carácter escasea mucho el conocimiento de las múltiples posibilidades y direcciones de la acción, su inteligencia es dependiente, sierva, toda vez que no le muestra en caso dado más que dos posibilidades. Lo que se llama buen carácter en un niño, prueba que es siervo de un hecho existente; poniéndose al lado de los espíritus siervos, el niño hace alarde desde luego de un sentido común, pero fundándose en este sentido común, será más tarde útil a su estado o su clase.

229. Medida de las cosas en los espíritus siervos.— Hay cuatro especies de cosas que los espíritus siervos justifican. Primera, todas las que tienen duración; segunda, todas las que no son enojosas; tercera, todas las que nos producen ventajas; cuarta, todas aquellas por las cuales nos hemos sacrificado. Este último punto explica, por ejemplo, por qué una guerra que comienza contra la voluntad del pueblo continúa con entusiasmo en cuanto se han hecho sacrificios. Los espíritus libres que litigan su causa en el **forum** de los espíritus, tienen que demostrar que siempre han existido espíritus libres, y por lo tanto, que la libertad del espíritu dura; en seguida, que no quieren ser enojosos, y por fin, que llevan ventaja a los espíritus siervos; pero como no pueden convencerlos de este último punto, de nada les sirve haber demostrado el primero y el **segundo**.

230. Espíritu fuerte.— Comparando con aquel que tiene la tradición de su parte y no tiene necesidad de razones para su conducta, el espíritu libre es siempre débil, especialmente en la acción; pues conoce demasiados motivos y puntos de vista, y por ello su mano está poco segura. Por consiguiente, ¿qué medio hay de hacerlo **relativamente fuerte**, al punto de poder a lo menos sostenerse y no perecer? ¿Cómo nace el espíritu fuerte? Este es un caso particular del problema de la producción del genio. ¿De dónde viene la energía de su fuerza inflexible, la persistencia con que el individuo, contra la tradición, trata de adquirir un conocimiento completamente individual del mundo?.

231. La producción del genio.— La ingeniosidad del prisionero para buscar medios de evadirse, la utilización más fría y más paciente de la más nimia ventaja, puede expresar qué procedimiento emplea la Naturaleza para producir el genio, palabra que yo ruego se entienda sin ninguna reminiscencia mitológica ni religiosa. O valiéndose de otra imagen: un hombre que se ha extraviado en una selva, pero que se esfuerza con energía en salir a campo raso tomando una dirección cualquiera, descubre a veces un camino nuevo que nadie conocía. Así se producen los genios. Se ha observado que una mutilación o desviación de un órgano favorece el crecimiento de otro, porque éste ya no tiene que atender a dos funciones. Así se explica el origen de algunos talentos. De estas indicaciones generales acerca de la producción del genio, hágase aplicación al caso particular del espíritu libre.

232. Conjetura acerca del origen del «espíritu libre».— Así como los glaciares se aumentan cuando el sol abrasa en el Ecuador, así la libertad de espíritu, cuando es muy fuerte, puede indicar que el valor del sentimiento aumentó extraordinariamente.

- 233. La voz de la historia.**— La historia, en su conjunto, **parece** que enseña de este modo la producción del genio. Maltratad y torturad a los hombres —grita a la Envidia, al Odio y a la Tentación—, poned un pueblo contra otro pueblo durante siglos. Entonces la chispa del genio se convertirá en llama, la voluntad será un caballo sin freno. Los que así obran son tan malos como la Naturaleza. Pero quizá no nos hemos entendido.
- 234. Valor de nuestra época.**— Acaso la producción del genio está reservada a un limitado período de la humanidad. Del porvenir no puede esperarse lo pasado; no habrá sentimiento religioso. Este tuvo su época y produjo cosas muy hermosas, ya imposibles. No puede haber en lo futuro un horizonte de vida limitado por la religión. El tipo de santo no es posible sin cierta servidumbre del espíritu. También hubo y hay una época de la inteligencia, por consagrarse la voluntad a fines intelectuales: cuando esta energía desaparezca, se acabará la dominación de la ciencia. Hasta podría suceder que las fuerzas que dan vida al arte, por ejemplo, la mentira, la indecisión, el simbolismo, la embriaguez, el éxtasis, cayeran en el desprecio. Si algún día se organiza la vida, si se llega a un estado perfecto, no habrá poesía, como no sea para los hombres retrasados. Estos mirarían con cierta melancolía los tiempos presentes del estado imperfecto, de la sociedad semibárbara.
- 235. Contradicción del genio con el estado ideal.**— Los socialistas desean establecer el bien sobre el mayor número posible. Si algún día se llega a este estado perfecto, no habrá terreno para la inteligencia, para la individualidad poderosa: la humanidad será un rebaño inerte. ¿no es preferible que la vida conserve el estado actual de violencias y energías? El corazón sensible desea la supresión de estas violencias, y cuanto más sensible, con mayor violencia lo desea; de modo que quiere la supresión de sí mismo. Una alta inteligencia y un corazón muy sensible no pueden conciliarse en una persona: el sabio está por encima del bien. El sabio debe oponerse a los deseos de la bondad ignorante, porque conoce que en el estado perfecto sería imposible el genio. Cristo, que fue muy sensible y muy bueno, quería el embrutecimiento de los hombres, la protección de los débiles. El tipo opuesto, es decir, el sabio, quiere lo contrario. Si el Estado exagera su oficio de proteger a los individuos, caerá en el extremo contrario, en la supresión de la individualidad.
- 236. Las zonas de la civilización.**— Podría decirse que las épocas de la civilización corresponden a las zonas de los diversos climas, enlazándose por continuidad de tiempo. En comparación de la zona templada en que vivimos, la última nos hace la impresión de un clima **tropical**. Violentos contrastes, brusca sucesión de la noche y el día, color y magnificencia de colorido, adoración de todo lo que es súbito, misterioso, terrible, rápida sucesión de tempestades, prodigalidad de la Naturaleza. Por el contrario, en nuestra civilización cielo claro, aunque no luminoso, aire blando, frescura, frialdad. Cuando vemos en la época anterior domadas las pasiones por ideas metafísicas, es como si viéramos enroscado a un tigre de los trópicos una serpiente; en nuestro clima templado no se da tan hermoso espectáculo, ni por sueños. ¿Será menester que deploramos la pérdida del arte? Razón tienen los artistas para negar «el progreso»: en efecto, aun dentro del arte es dudosa la progresión de estos tres mil años. Y en el orden metafísico y religioso, Schopenhauer niega con razón el progreso de estos últimos cuatro mil años. Pero yo sí creo que al existencia de la zona templada de la civilización es un progreso.
- 237. El Renacimiento y la Reforma.**— El Renacimiento italiano contenía todas las fuerzas positivas que debemos a la civilización moderna: libertad de pensamiento, desprecio de la autoridad, triunfo de la cultura, entusiasmo por la ciencia nueva y antigua, independencia individual, entusiasmo por la verdad y por la perfección (aun en las obras literarias la buscaban): tales fuerzas eran mayores que las de hoy. Fue la edad de oro de este milenario, a

pesar de sus defectos. En su contra se levantó la Reforma alemana, como protesta de hombres llenos de Edad Media, asustados de la descomposición religiosa. Enérgicos, como septentrionales, produjeron la contrarreforma, es decir, un catolicismo de defensa, sin garantías constitucionales, retrasando dos o tres siglos la marcha de las ciencias e impidiendo, quizá para siempre, la fusión del espíritu antiguo con lo nuevo. **El espíritu alemán echó a perder la obra del Renacimiento.** Gracias a un extraordinario astro de la política, pudo vivir Lutero; el emperador le protegía contra el Papa y el Papa contra el emperador. Si no, habría sido quemado como Huss, y la aurora le habría levantado antes y con un resplandor que ni presentimos.

- 238. Justicia al Dios del porvenir.**— Cuando toda la historia de la civilización es un tejido de bienes y males y una nave en que todos se marean, compréndese bien que allá a lo lejos aparezca un Dios como un faro. La divinización del porvenir es una perspectiva metafísica en que hallan su consuelo muchos eruditos históricos. Sólo quien, como Schipenhauer, niega la evolución, puede negar el Dios del porvenir y burlarse de él con justicia.
- 239. A cada estación sus frutos.**— Un porvenir mejor tiene mucho de peor. Es ilusión creer que un grado de evolución contiene toda la bondad de los grados anteriores. Cada estación tiene sus frutos, sus ventajas. Lo que creció a la sombra de la religión no volverá ya; brotará algún que otro retoño, pero nada más.
- 240. Gravedad creciente del mundo.**— Cuanto mayor es la cultura de un hombre, tanto menor es su inclinación a la burla y a la sátira. Voltaire daba gracias a Dios en el fondo de su corazón por la invención de la Iglesia y del matrimonio. Pero él y su siglo, y aun antes del siglo XVI. Nuestra edad busca las causas: en los mismos contrastes busca el por qué, y así no deja lugar al ridículo. Cuanto más profundamente comprenda un hombre la vida, tanto menos se burla, como no sea de su misma comprensión.
- 241. El genio de la civilización.**— ¿Cómo será el genio de la civilización? Empleará como instrumentos la mentira, la violencia, el egoísmo; pero sus fines serán grandes y buenos. Será un centauro, semibestia, semihombre y con alas de ángel en la cabeza.
- 242. Educación milagrosa.**— Así como el arte de curar no floreció hasta que cesó la fe en las curaciones milagrosas, así el interés por la educación no cobra fuerza sino cuando se abandona la fe en Dios y en su provincia. Hoy todo el mundo cree en la educación milagrosa: del mayor desorden y obscuridad han salido hombres grandes, potentes; ¿cómo no ha de ser esto milagroso? Estúdiense de cerca estos casos y se verá que no son milagros. Miles de individuos perecen en la lucha y sólo se salva el más fuerte; aquí no hay milagro. Una educación antimilagrera tendrá en cuenta estas tres cosas: 1a. Cuánta energía se heredó. 2a. Cómo podría obtenerse nueva energía. 3a. Cómo el individuo podrá amoldarse a las múltiples exigencias de la vida social, cómo puede dar su nota en la melodía.
- 243. El porvenir del médico.**— La profesión que puede progresar hoy es la de médico. Sobre todo desde que perdieron su influencia los médicos de almas. La cultura de un médico no consiste sólo en el diagnóstico; necesita elocuencia persuasiva, arrogancia que quite la timidez del enfermo, habilidad diplomática, ingenio de agente de policía; en una palabra, todas las cualidades de las demás profesiones. Es el verdadero bienhechor de la sociedad; puede formar una aristocracia de cuerpo y espíritu y finalmente, destruir los remordimientos de conciencia. Es un salvador que no necesita ser crucificado.
- 244. En las fronteras de la locura.**— La civilización es una carga tan pesada, que en los países europeos reina una inquietante neurosis y en cada familia hay un individuo próximo a

la locura. Por muchos medios se busca hoy la salud, pero el principal sería disminuir esta neurosis, esta sobreexcitación de los sentimientos producida por el cristianismo y por su séquito de poetas, músicos, místicos, etc. Hace falta un **renacimiento**. El espíritu frío de la ciencia podrá refrescar el torrente inflamado de la fe.

245. **Vaciado de la civilización.**— La civilización nació como una campana en el molde de materia más grosero: de la falsedad, de la violencia, del egoísmo, del patriotismo. ¿No es tiempo de suprimirla ya? El líquido se ha fijado; las buenas ideas han encarnado; no hay, pues, necesidad de símbolos erróneos y crueles. Los gobiernos de la tierra deben mirar atentamente el porvenir.
246. **Los cíclopes de la civilización.**— Allí donde causa estragos un glaciar no es fácil ver un prado florido. Y sin embargo, **lo hay** muchas veces. Lo mismo sucede en la historia de la humanidad; las fuerzas más salvajes abren el camino, por la destrucción, a las costumbres más dulces. La energía terrible del mal es el arquitecto de la humanidad.
247. **Marcha circular de la humanidad.**— Quizá la humanidad no sea más que una breve fase de la evolución de una especie de animales; de manera que el hombre, habiendo sido mono, vuelva a ser mono. Así como la civilización romana volvió a la barbarie, así toda la civilización romana volvió a la barbarie, así toda la civilización humana podría volver al embrutecimiento. Si podemos preverlo, procuremos evitarlo.
248. **El consuelo de un progreso desesperado.**— Nuestra época es interina: las viejas civilizaciones todavía existen y a las nuevas aun no nos hemos adaptado. Los músculos de soldado están indecisos entre la marcha militar y la ordinaria. Pero no por eso nos cansamos y dejamos de marchar. Ya no podemos volver a lo antiguo: hemos quemado los buques. Algún día nuestra **marcha** será un **progreso**. Si no, se nos podrá decir, como consuelo, aquello de Federico el Grande: **¡Ah, mi querido Sulzer! no conoce usted la raza maldita a la que pertenecemos.**
249. **Sufrimiento por el pasado de la civilización.**— El que se ha formado una idea clara del problema de la civilización, sufre como quien ha heredado una fortuna ilegítima o como el que reina por la tiranía de sus antepasados. Le come el remordimiento y la vergüenza. Su cansancio equilibra su felicidad. El porvenir le parece melancólico: prevé que sus descendientes sufrían como él.
250. **Los buenos modales.**— Los buenos modales desaparecen con la influencia cortesana y aristocrática; de siglo en siglo se van haciendo vulgares. Ya nadie obsequia o adula de una manera elegante; y de ahí que cuando el obsequio es oportuno, por ejemplo, a un hombre de Estado o a un gran artista, se toma prestado el lenguaje del sentimiento y de la fidelidad respetuosa, sin espíritu y sin gracia. Así, los saludos públicos y solemnes parecen sinceros sin serlo. Pero ¿decaerán sin remedio los modales? A mí me parece que describen una curva. Cuando la sociedad esté segura de sus principios, hallará un conjunto de modales para expresarlos. La mejor división del trabajo, el ejercicio gimnástico, la reflexión estricta, darían al cuerpo habilidad y ligereza. A este propósito pienso con ironía en nuestros sabios, que pretenden ser los precursores de la civilización nueva, y sin embargo, no se distinguen precisamente por sus buenos modales. Su espíritu está pronto, sin duda, pero la arcilla que le envuelve es débil. Pesa mucho en sus músculos el pasado de la civilización. Son medio eclesiásticos, medio pedagogos; están momificados. Son cortesanos de la civilización vieja. En ellos abundan los fantasmas del pasado y los del porvenir. ¿Qué tiene, pues, de extraño que no han bien los gestos?

251. **El porvernir de la ciencia.**— La ciencia da mucha satisfacción a quien la trabaja, pero muy pocas ventajas a quien la aprende. Mas como todas las verdades se hacen pronto vulgares, aun esta satisfacción se pierde; ya hemos olvidado el placer del admirable **dos y dos son cuatro**. Si, pues, la ciencia produce cada vez menos placer, dejando todo consuelo para la metafísica, para la religión y para el arte, síguese que se va secando esta fuente de placer, a la cual debemos toda nuestra humanidad. Por eso una cultura superior debe dar al hombre dos comportamientos cerebrales: en el uno estará la fuerza y en el otro su regulador; en el uno las ilusiones, los prejuicios, las pasiones, y en el otro la fría serenidad de la ciencia. Si no se satisface a esta exigencia de la cultura superior, puede predecirse con certeza el cursor ulterior de la evolución humana; el interés por la verdad disminuirá con el placer; la ilusión, el error, la fantasía, recobrarán su dominio; decaerán las ciencias, volverá la barbarie; la humanidad recomenzará su tela, destruida durante la noche, como la de Penelope. Pero ¿quién nos garantizará para entonces **fuerza**?
252. **El placer del conocimiento.**— ¿Cuál es la causa de que el conocimiento produzca placer? El que da conciencia de la fuerza, como los ejercicios gimnásticos. Además, porque en esta lucha con la verdad aparece el hombre vencedor. Finalmente, porque sentimos estar solos y los primeros en la verdad descubierta. Hay otros motivos secundarios, cuya lista puse en mi obra parenética acerca de Schopenhauer (1) --> Tercera parte de las **Consideraciones inactuales; Schopenhauer, educador.** , a satisfacción de los experimentados, quienes verán allí quizá un poco de ironía. Porque si es verdad que «a la formación del sabio concurren muchos instintos demasiado humanos», esto mismo debe decirse del artista, del filósofo, del genio moral. **Todo** lo que es humano merece, en su **origen**, esta consideración irónica. Por eso la ironía es en el mundo tan **superflua**.
253. **La fidelidad, prueba de solidez.**— Es un indicio de la bondad de una teoría la confianza del autor en ella, por más de cuarenta años, mas creo que ningún filósofo ha dejado de mirar en su vejez con desprecio o con desconfianza las teorías de su juventud. Quizá por ambición no diga nada; quizá por el deseo de no perder sus adeptos.
254. **Crecimiento de lo interesante.**— Cada día encuentra el hombre más interés en las cosas y con mayor facilidad el lado instructivo, el objeto que llena una laguna de sus pensamientos. Así va desapareciendo el hastío. El hombre circula entre sus semejantes observándose a sí mismo como un animal curioso.
255. **Superstición de la simultaneidad.**— Lo que es simultáneo tiene un lazo común, así piensa la gente. Un pariente muere lejos al mismo tiempo que soñamos con él. Pero también otros muchísimos mueren sin que soñemos. Es como los naufragos que hacen votos; ¿esan en los templos los exvotos de los que se ahogaron? Un hombre muere, una mujer chilla, un reljor se para; ¿no es esto un halagador indicio de la intimidad del hombre con la Naturaleza? Esta superstición se halla refinada en los historiadores y sociólogos, en quienes la yuxtaposición de hechos sociales causa una especie de **idiofobia**.
256. **La ciencia como ejercicio de poder, no de saber.**— La ventaja de pasar muchos años en practicar una **ciencia exacta** no consiste en la suma de verdades adquiridas, siempre insignificante, sino en el aumento de energía, de razonamiento, de **apropiación de los medios al fin**. Para esto servirá algún día el haber sido sabio.
257. **Atractivo de la juventud en la ciencia.**— Hoy amamos la ciencia porque es joven; aborrecemos el error porque es viejo. ¿Qué sucederá cuando la verdad envejezca? Obsérvese que el momento culminante de una ciencia es cuando se acaba de hallar su concepción fundamental; después, todo en ella es un otoño melancólico (como acontece con algunas

disciplinas de la historia).

- 258. La estatua de la humanidad.**— El genio de la civilización obra como Cellini cuando hacía la estatua de Perseo: la masa líquida amenazaba con no adherirse, y él echó platos y fuentes y todo lo que hallaba a mano. Así el genio echa en la fundición errores, vicios, esperanzas, ilusiones, para que la estatua de la humanidad se perfeccione y tome forma: ¿qué importa la materia?
- 259. Una civilización de hombres.**— Tal es la griega clásica. Tocante a las mujeres, lo dijo todo Pericles en dos palabras: «Lo mejor es que no se hable de ellas entre los hombres.» Las relaciones eróticas de los hombres con los adolescentes fue la condición necesaria, única de toda educación viril (como entre nosotros se funda la educación de la mujer en el amor y en el matrimonio). En los adolescentes se fijó todo el idealismo de la fuerza griega, y jamás fueron tratados con mayor cariño, según aquella máxima de Hoelderlin: «Amando produce el mortal su mayor bien.» Cuanto más se elevaba el concepto de estas relaciones, tanto más se rebajaba el comercio con la mujer, el cual se reducía al placer y a la procreación; no había con ellas comercio intelectual ni amor verdadero. Hasta eran excluidas de los juegos: como medio de educación, quedábales sólo la religión. Si en la tragedia se representaban **Electra y Antígona**, era por una tolerancia artística, así como hoy lo patético nos parece insoportable en la vida, aunque nos agrade en el teatro. La misión de la mujer griega era criar niños robustos, para contrarrestar la excitación nerviosa de una civilización floreciente. Esto es lo que mantuvo en larga juventud la cultura griega: en las madres griegas, el genio de la Grecia volvía a la Naturaleza.
- 260. El prejuicio en favor de la grandeza.**— Los hombres encuentran útil que alguien invierta todas sus fuerzas en el ejercicio y desarrollo de un órgano monstruoso, absorbente, que conduce casi a la locura, como en los grandes genios y artistas. Seguramente, lo más conveniente al individuo es el desarrollo proporcional y armónico de sus facultades: el genio es un vampiro. La medianía es necesaria para formar la corte del genio.
- 261. Los tiranos del espíritu.**— Sólo por el rayo de lo mítico tiene brillo la vida de los griegos: todo lo demás es oscuro. Pero los filósofos se privan justamente de ese mito: ¿y no es esto como si quisieran retirarse del sol para ponerse a la sombra en la obscuridad? No hay planta que se aparte de la luz. Lo que en el fondo pasa es que esos filósofos buscan un sol más **claro**, el mito no es a sus ojos bastante puro, bastante brillante, y encuentran esa luz en su conocimiento, en lo que llamaban su «Verdad». Pero entonces el conocimiento tenía todavía un esplendor mayor, era joven y creía poder ponerse de un salto en el centro del ser y resolver desde allí el enigma del mundo. Tenían robusta fe en sí mismos y en su verdad, y la empleaban para derribarlo todo: cada uno de ellos se convertía en tirano batallador y violento. Quizá la fe en la posesión de la verdad no haya sido nunca mayor en el mundo, pero tampoco lo ha sido el orgullo, la dureza y el carácter tiránico de semejante fe. Eran tiranos, porque todos los griegos querían serlo. Quizá se exceptúe Solón, a juzgar por sus poesías. Pero lo hacía por amor de sus propias leyes; dar leyes es la forma más refinada de la tiranía. Parménides dio leyes; también Pitágoras y Empédocles; Anaximandro fundó una ciudad. Platón fue el deseo encarnado de ser un gran filósofo, un legislador del Estado filosófico: parece que sufrió mucho por no conseguirlo, y los últimos años de su vida estuvieron amargados por la bilis negra. Cuanto más poder perdió la filosofía griega, más atrabiliaria se hizo; cuando los filósofos invadieron las calles, pasearon su envidia y su rabia, mostraron la tiranía de sus almas. Se habrían comido crudos los unos a los otros: sólo les quedaba de bueno la complacencia en sí mismos. Finalmente, no se desmintió en ellos el axioma de que todos los tiranos dejan exigua posteridad.
- Su historia es corta, violenta, su influencia se interrumpe bruscamente. Casi de todos los

grandes helenos puede decirse que parecen haber venido demasiado tarde; tanto de Esquilo como de Píndaro, de Demóstenes, de Tucídides, como de la generación que les siguió, y así de todos los demás. Es lo que existe de tempestuoso y extraño en la historia griega. Hoy, es verdad, la admiración se dirige al Evangelio de la tortuga.

Pensar como historiador significa imaginarse que en todos los tiempos la historia hubiera tenido como consigna «hacer lo menos posible en el mayor tiempo posible». ¡Ah, la historia griega corre tan rápida! Nunca hubo vida tan pródiga, tan excesiva. No puedo convencerme de que la historia de los griegos haya tomado ese curso **natural** que tanto se celebra en ella. Estaban provistos de dones demasiado múltiples para ir **progresivamente**, paso a paso, a la manera de la tortuga que luchara en la carrera con Aquiles, y esto es lo que se llama desenvolvimiento natural. Entre los griegos se avanza aprisa, pero se retrocede también aprisa; la marcha de toda la máquina es tan intensa, que una sola piedra arrojada bajo sus ruedas la hace saltar. Una de estas piedras fue, por ejemplo, Sócrates; en una sola noche la evolución de la ciencia filosófica, hasta entonces tan maravillosamente regular, pero también demasiado prematura, quedó destruida. No es cuestión ociosa preguntar si Platón, quedando libre del encanto socrático, no hubiera encontrado un tipo más elevado todavía del hombre filósofo, perdido para nosotros para siempre. Se quiere ver en los tiempos anteriores a él, como en un taller de escultor, muestras de semejantes tipos; pero los siglos V y VI prometieron más que produjeron. Y, sin embargo, apenas hay pérdida más sensible que la de un tipo, la de una **forma nueva de la vida filosófica**. Aun la mayor parte de los tipos distinguir entre los filósofos anteriores: Aristóteles mismo parece no tener ojos para esto. Como si tales filósofos hubiesen vivido en vano, como si no hubieran hecho más que parar los batallones parlanchines de las escuelas socráticas. Hubo una ruptura en la serie de la evolución: alguna catástrofe hubo de acontecer; el único tipo que prometía, se rompió en mil pedazos: en el taller quedó sepultado el secreto de esta desgracia. Lo que entonces aconteció entre los griegos —que todo gran pensador, creyéndose en posesión de la verdad absoluta, vino a ser un tirano—, acaece en épocas recientes, aunque no con la candidez de conciencia de los filósofos griegos. En nuestra época tiene más fuerza la doctrina contraria, el escepticismo: posó la edad de los tiranos intelectuales. En las esferas de la cultura superior siempre hay alguna dominación, pero de hoy más, este dominio está en manos de la **oligarquía del espíritu**. Forma entre todas las naciones una sociedad coherente, cuyos miembros **se conocen** y **se reconocen**, a pesar de la opinión pública y de los críticos. La superioridad intelectual, que en otro tiempo dividía, hoy une: ¿cómo podría un hombre nadar contra la corriente si no viene aquí y allá quien le dé la mano contra el carácter oligarca de la semicultura? Los oligarcas se necesitan mutuamente y se comprenden, por más que cada uno sea libre y en su terreno quiera ser el primero.

262. Homero.— El más grande acontecimiento de la civilización griega, será siempre el panhelenismo de Homero. Toda la libertad intelectual y humana a que llegaron los griegos provino de tal hecho; pero fue esto al mismo tiempo la fatalidad propia de la civilización griega, pues Homero humillaba centralizando y disolvía los más serios instintos de independencia. De tiempo en tiempo se elevó del fondo más íntimo del helenismo una protesta contra Homero; pero quedó siempre vencedor. Todas las grandes potencias espirituales ejercen al lado de su acción libertadora otra acción deprimente: pero a la verdad, en la ciencia es muy diferente que sea Homero o la Biblia quien tiraniza a los hombres.

263. Dones naturales.— En una humanidad tan superiormente desarrollada como la actual, cada uno recibe de la Naturaleza el acceso de muchos talentos; cada cual tiene un **talento innato**: pero a muy pequeño número sólo es dado por naturaleza y por educación el grado de constancia, de paciencia, de energía necesaria para que llegue a hacerse verdaderamente un talento, que así haga lo que es, es decir, el gasto en obras y en actos.